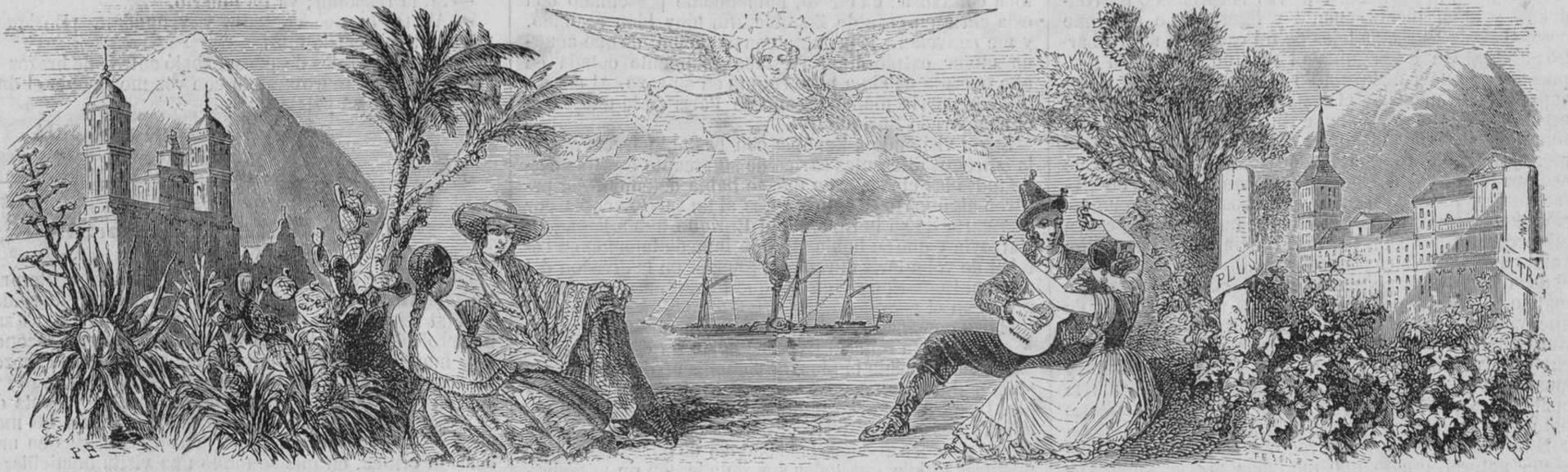


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 509.

SUMARIO.

El mariscal conde de Castellane; grabado. — **Zenobia.** — **Don Claudio Mamerto Cuenca.** — **El general Pallavicino;** grabado. — **Sucesos de América;** grabados. — **Revista de Paris.** — **La soberbia.** — **La Nueva Caledonia.** — **El conde de Gasparin;** grabado. — **Una escena de Zemira y Azor;** grabado. — **Estado actual de las obras del nuevo teatro de la Grande Opera de Paris;** grabado. — **Cuentos de Carlos Dickens.** — **Exposicion universal de Lóndres;** grabados. — **El valle y la república de Andorra;** grabado. — **El ídolo de los jíbaros.** — **Pinturas al fresco de la capilla de Brevannes;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

EL MARISCAL conde de Castellane.

El mariscal conde de Castellane, general en jefe del ejército de Lyon y de los departamentos del Sudeste, inclusa Marsella, ha muerto casi repentinamente de una enfermedad de corazon y despues de seis dias de cama. Hombre setuagenario, muy abatido en apariencia y encorvado por la edad, este mariscal, sin embargo, tenia una actividad notabilisima: no daba tregua ni descanso a las tropas, que por esto temian la fatiga que importaba el dar la guarnicion en Lyon y las penosas maniobras del campamento inmediato. Rígido en materias de disciplina hasta rayar en mania, y combinando sin cesar alguna nueva estratagema para sorprender descuidados a los oficiales, no perdonaba ni siquiera al general de division que por desgracia se quitaba el uniforme para salir de casa, aunque fuese momentaneamente, vestido de paisano. Metia en el calabozo, sin contemplacion ni misterio, asi a los generales como a los coroneles. Y él, el mariscal, para dar ejemplo, nunca se presentaba en publico sin ves-



S. E. el mariscal de Castellane,

tir el uniforme y enseñar sus condecoraciones, que eran muchas.

A cualquier hora de dia y de noche hacia tocar llamada, y era preciso estar dispuesto a montar a caballo ó tomar las armas como si estuvieran en una plaza sitiada. A este propósito cuéntanse mil anécdotas singulares que recuerdan bastante las excentricidades del conde de España, con quien por otra parte seria injusto compararle bajo otros conceptos. Pero el conde de España no fué a buen seguro mas maniático en disciplina que el mariscal Castellane.

Bajo la autoridad vigilante é incansable de este anciano siempre juvenil de cuerpo y alma, el comercio de Lyon se tenia por seguro y garantido contra la probabilidad de nuevas insurrecciones socialistas, tales como las que recuerdan con estremecimiento los lyoneses.

Preciso es confesar que el mariscal Castellane no era contado entre las notabilidades militares por el esplendor de batallas ganadas ni por sus conocimientos estratégicos. Coronel de caballeria en los últimos tiempos del imperio, no marchó desde entonces al frente de los ejércitos, y aunque muy protegido por los Borbones de una y otra rama, no obtuvo mando alguno glorioso. Pero con todo fué haciendo carrera, y acabó por crearse en la region del poder y hasta en el concepto del público una reputacion tal de disciplina, que se ha debido dejarle morir en su mando superior de Lyon, donde será difícil reemplazarle.

A pesar de todo no puede negarse que fué siempre un valiente militar, y que mereció en todas ocasiones el sobrenombre de intrépido jóven que le dió Napoleon en Wagram al condecorarle en el campo de batalla.

Conociendo próximo su fin, el mariscal Castellane mandó llamar al párroco mas inmediato. Bajo el concepto de los hábitos de galanteria, su vida habia recordado las tradiciones del siglo XVIII; sin embargo, no era por esto un volteriano. En el fondo conservaba los principios religiosos y monárquicos de su familia, una de las mas antiguas y nobles de la Provenza.

X.

Zenobia.

(FRAGMENTO DE UNAS MEMORIAS INEDITAS).

(Conclusion.)

— ¡Cuánto debe haberle á Vd. sorprendido mi conducta, y cuán inconsecuente y ligera debe haberme creído! Nada está mas lejos de mi carácter, sin embargo; antes bien he seguido el plan que me tenia propuesto con una constancia de que algunos creeran incapaz á una mujer... y el resultado ha sobrepujado mis esperanzas. ¿Creería Vd. que sin mas trabajo que el de sonreirme á veces sin gana; que el de convidar á comer á un hombre que me desagradaba, ó dejarme acompañar por otro al teatro ó al paseo, he hecho pasar muchos miles de francos y muchos jóvenes voluntarios al servicio de mi país? Usted se ha batido por causa mia con el hijo de un par de Francia, y esto acaso ha valido á la Polonia el poderoso auxilio de este jóven, y el de su padre mas poderoso todavia, como rico y diplomático que es y muy influyente en el ministerio. ¿Y de qué medio me he valido para hacer tamaños milagros? Haciendo creer á ese jóven que su herida le habia hecho interesantísimo á mis ojos, y cautivándole mas y mas con una fingida compasion amorosa, gracias á la cual espero verle dentro de pocos dias salir de Paris para reunirse con el ejército de Polonia.

Esta vida de intriga y enredo, tan opuesta á mi carácter natural, era lo que me hacia parecer inconsecuente y ligera á los ojos de Vd. ¡Cuántas veces olvidaba á su lado mi santa mision para no acordarme sino de que era amante! Pero un momento despues, la imagen de mi patria amenazada de una horrible esclavitud y de una muerte segura, se levantaba ante mis ojos y me hacia olvidar todo lo que no era ella!... Como me importaba tanto que nadie pudiera descubrir el motivo de mi conducta, que no hubiera dejado de suministrar al embajador de Rusia suficiente pretexto para pedir mi expulsion y calumniarme por todos los medios posibles, no me atrevia á declarar á mis adoradores el deseo de que fuesen á Polonia ó enviase socorros indirectos, hasta que estaba bien segura de su amor; por eso esta noche no me atrevia á declararle á Vd. el secreto de que le hablaba en mi carta, y que no era otro sino el de que solo obtendria mis favores el que se sacrificara voluntariamente por la Polonia.

— ¿Con que Vd. dudaba de mi amor? ¿tan mal he sabido expresarlo? ¿Porqué me ha hecho Vd. esa injusticia, Zenobia?

— Porque á Vd... le amaba. Bien veia yo en los ojos de mis adoradores, como en un termómetro vivo, los grados de amor ó frialdad que les inspiraban mis estudiados atractivos; pero con Vd. no era lo mismo... y ya he dicho la causa.

— Hermosa Zenobia, la dije, si la suerte me fuese favorable... si la Polonia triunfa en esta terrible guerra... si yo, en fin, volviese despues de haberme portado como buen soldado... ¿podré esperar como recompensa, constancia y amor de la hermosa á quien adoro?

— Enrique, respondió, acabo de descubrir á Vd. un secreto que nunca ha revelado mi boca, y con esto le he dado una prueba de confianza, que solo puede tener por base un vehemente amor. Acaba Vd. de leer como en un libro abierto cuanto ha pasado en mi corazon desde que sali de mi patria; juzgue Vd. por si mismo, si quien ha sabido doblegar su carácter y sus inclinaciones durante tanto tiempo por defender una patria amada, puede ser inconstante con el hombre á quien ha elegido su corazon.

Aseguré á Zenobia con todas las expresiones que pudo sugerirme la mas vehemente pasion, de mi entusiasmo por la causa de su país, y prometí guardar un profundo secreto sobre todo lo que me habia revelado aquella noche. Lo he guardado en efecto, y si hoy lo quebranto es por el motivo que luego diré á Vd. Discurremos entonces sobre los medios con que podria yo salir á la calle sin ser visto por ninguno de los de la casa, y no hallamos otro mas ingenioso que el de abrir una puertecita que conducia á una escalera de caracol por donde se bajaba al jardín, y saltar por las tapias de este á la calle; todo lo cual ejecutamos con notoria felicidad sin que nadie fuese testigo de mi evasion.

Al dia siguiente me envió Zenobia por la posta un paquete de cartas para su hermano y algunos jefes del ejército, donde me recomendaba con elogios seguramente muy superiores á mi mérito. Escribíme tambien una carta en que me juraba de nuevo eterno amor y fidelidad, excitándome á cumplir mi deber y mostrarme digno de la nacion á que pertenezco; dentro venia un retrato suyo en miniatura y un rizo de sus cabellos, objetos que me acompañaran hasta la hora de mi muerte.

Acabo de descubrir á Vd. lo que hubiera siempre permanecido oculto en el fondo de mi corazon si á la mucha confianza que Vd. me inspira, no se añadiera el que en la situación en que me hallo, me es indispensable tener en Paris una persona segura á quien remitir mis cartas para Zenobia y por cuyo conducto pueda yo recibir noticias suyas. Mañana salgo para Varsovia, y tal vez esta heroica ciudad será mi sepulcro y el de todos los valientes que la defienden. En este caso, ruego á Vd. dé noticia de mi muerte á mi desgraciada familia.

Al decir estas palabras, se le cubrieron los ojos de lágrimas pensando en los autores de sus dias. Procuré cumplir su justa afliccion y luego le acompañé á su ca-

sa, situada en uno de los barrios mas retirados de la capital. Hicimos trasportar á la mia los pocos muebles que adornaban su estancia, de los cuales tomé inventario para devolvérselos á su vuelta ó entregárselos á su familia en caso de que esta nunca se verificara. Dejéme escrita una carta para Zenobia en que la decia, que siendo yo un amigo seguro, no habia vacilado en descubrirme sus secretos y que podia contar conmigo con toda confianza: en efecto, habiéndome presentado con esta carta en casa de Zenobia, fui muy bien recibido, y me convencí á la primera conversacion, de que aquella mujer extraordinaria estaba realmente dotada de una energia de alma poco comun en su sexo. Al dia siguiente por la mañana, salió de Paris en la diligencia el enamorado Enrique B....

Seguí visitando á Zenobia con bastante frecuencia y la entregué diferentes cartas de su amante escritas desde todas las ciudades en que se habia detenido. Asi pasaron algunos meses, hasta que al fin supo Zenobia por una carta de su hermano que Enrique habia llegado á Varsovia y que se habia alistado inmediatamente en calidad de voluntario durante la guerra, en la division del general Romarino; y en fin, que habia salido para reunirse con el ejército.

Harto conocido es el desastroso fin de esta guerra. A cada noticia funesta para los polacos que leíamos en los diarios, recibia el alma de Zenobia un golpe terrible, como si hubiera acaecido el mayor infortunio imaginable. Llegó, por fin, el infausto 16 DE SETIEMBRE: el telégrafo nos trajo la terrible noticia de la toma de Varsovia, y nunca olvidaré la fisonomia de nuestra heroína, mientras la leia con todos sus detalles en un periódico francés. La muerte de una madre querida no la hubiera afligido mas profundamente; pero no la vi derramar ni una lágrima. ¡Infeliz! Entre los nombres de los muchos valientes sepultados bajo las ruinas de la heroica nacion polaca, se leian los de Arturo Zeloski y el de mi desgraciado amigo Enrique B....

Al dia siguiente fui á casa de Zenobia; pero me dijeron que la noche antes habia despedido á todos sus criados, vendido sus muebles y salido de Paris en una silla de posta.

Quince dias despues de estos sucesos, me encontré en uno de los bailes semi-oficiales del *Hotel de Ville*, á que asistieron la familia real y el cuerpo diplomático, con algunos de mis conocidos y, entre otros, con un jóven secretario de la embajada rusa recién llegado á Paris, y célebre no menos por sus conocimientos en la ciencia que tanto han perfeccionado los Talleyrand y los Pozzodi-Borgo, como por su poderosa cooperacion en la ruina de Polonia. Entretendidos estabamos en tomar sendos helados y departir acerca de la política europea, con aquel tono ligero y algo zumbon que siempre emplean los señores diplomaticos cuando se dignan honrarnos con su conversacion á nosotros los profanos, cuando habiéndose escapado al susodicho ruso algunas expresiones insultantes contra los polacos en general (a que yo tengo para mi que contribuyeron no poco los muchos vasos de ponche que llevaba bebidos), salió de entre las personas que nos rodeaban, un jóven de poco robusta apariencia, el cual sin encomendarse á Dios ni al diablo, como suele decirse, asentó una sonora bofetada en los anchos y rosados carrillos del diplomático moscovita. Fácil es imaginarse el desorden que se siguió á esta inesperada hostilidad; pero como la mucha gente que se interpuso impidió que los dos enemigos viniesen á las manos, sacó el agresor una tarjeta del bolsillo y la puso en manos de su atónito contrario, con lo cual desapareció rapidamente, habiendo pasado este suceso en menos tiempo del que me ha sido necesario para referirlo.

Este incidente se hubiera sin duda borrado muy pronto de mi memoria, si al otro dia no hubiera recibido el siguiente billete de una mano desconocida:

«La persona que anoche en un baile dió una gran bofetada á cierto diplomático ruso, suplica á Vd. que tenga la bondad de acompañarle, en calidad de padrino, en el desafío á muerte que tendrá mañana con el hombre á quien ofendió. Soy extranjero y á nadie conozco en esta ciudad; aprecio á los españoles por razones que pronto sabrá Vd., y así me atrevo á suplicarle que mañana á las seis de la madrugada acuda á la entrada del bosque de Bolonia, Puerta Maillot.»

No dejé de chocarme este singular anónimo; pero quise con todo llevar adelante una aventura que se anunciaba con tantos visos de novelesca. Halléme al dia siguiente en el sitio indicado, donde me aguardaba ya el autor del susodicho billete: iba embozado en una larga capa y cubria su rostro una careta de raso negro. Pronto llegó en un coche, acompañado de su padrino, el ofendido diplomático; y los cuatro nos internamos en una de las mas oscuras alamedas del bosque. Dispusimos que el combate fuera á la pistola; que los dos combatientes se colocarian á treinta pasos uno de otro y que ambos dispararian al mismo tiempo. Asi se verificó en efecto; pero quiso la casualidad que ninguno fuese bastante afortunado para triunfar de su adversario, pues habiendo salido en un mismo instante los dos tiros, ambos cayeron al suelo bañandolo con su sangre. Quedó muerto en el acto el diplomático ruso, sin que sirvieran de nada todos los auxilios que se le prodigaron: acerquéme á reconocer la herida de mi apadrinado, y al levantar la mascara que cubria su rostro, reconocí, con no menos sorpresa que dolor, las facciones de la desgraciada Zenobia. Estaba su rostro palido como una azúena y las sombras de la muerte cubrian casi en-

teramente sus ojos; pero todavia respiraba, aunque era su aliento frio y casi imperceptible. Vendé con un pañuelo la ancha herida que tenia en medio del pecho y apoyé su cabeza sobre mi seno para que respirara con mas facilidad.

— ¿Ha muerto mi adversario? me preguntó abriendo un poco los ojos, y con un acento tan débil y apagado que apenas podia oír lo que me decia.

— Sí, la respondí; ya ha muerto.

— Ahora moriré contenta y vengada... ¡Enrique! ¡Arturo! ¡oh patria mia!

Y pocos instantes despues, exhaló entre mis brazos el último suspiro, murmurando con voz moribunda el dulce nombre de su patria.

EUGENIO DE OCHOA.

Don Claudio Mamerto Cuenca.

Ese noble é inteligente hijo de la hermosa y literaria Buenos Aires, era un médico y cirujano distinguido. Pero si solo se hubiera granjeado reputacion por su saber profesional, su habilidad incontestable y su reconocida humanidad, no hallaria lugar en nuestros esbozos biograficos puramente literarios.

Pero el señor Cuenca era tambien poeta, y poeta de la mejor escuela. En vida nada publicó, y aun las mejores de sus obras fueron arrojadas a las llamas en una ocasion critica, en que se temió una visita domiciliaria ordenada por el execrable Rosas, á quien Cuenca detestaba por ser el tirano de su patria.

Despues de que ocurrió su muerte, ha tocado á otro distinguido bardo el revelar la gloria de Cuenca, y publicando sus obras poéticas levantar al modesto cantor un monumento imperecedero. El señor don Heraclio H. Fajardo, el inspirado vate, autor de *la Cruz de azabache*, ha hecho con aquella publicacion un importante servicio á la literatura del nuevo mundo.

Y al hablar con elogio de las obras de Cuenca, es porque á ello son acreedoras esas estrofas ora dulces y melancólicas, ya valientes y atrevidas, en ocasiones inspiradas por el amor, en otras por el patriotismo.

Hasta hoy no hemos elogiado sino el verdadero mérito, y no se nos puede recordar el consejo de Moliere:

Sur quelque préférence une estime se fonde,
Et c'est n'estimer rien qu'estimer tout le monde.

Ya hemos hablado acerca de las obras de unos cincuenta literatos latino-americanos: todos ellos merecian el elogio de personas mas autorizadas; y sin embargo, en muchas ocasiones, nos hemos atrevido á mezclar la censura al encomio. Pero siempre hemos fundado nuestra estima en una preferencia — la del talento, el arte y la virtud.

Claudio Mamerto Cuenca nació en Buenos Aires el 30 de octubre de 1812. Murió en Monte Caseros el 3 de febrero de 1852.

¡La suerte tiene caprichos de tirano! Cuenca detestaba la tiranía, y en particular la del sanguinario Rosas, — y sin embargo, *se vió forzado* á morir en el campo de este, en calidad de cirujano del ejército anti-nacional. Murió al rayar la aurora de la libertad, cuando él comenzaba á divisar los albores de tan bello dia, cuando preparaba sus mas valientes estrofas contra el tirano y en honor de la regeneracion de su patria!

En medio de los constantes y apremiantes deberes de su profesion y de sus tareas como catedrático de la Universidad, Cuenca tributaba el mas ardiente culto á las Musas.

Sus *Delirios del corazon* son la historia de un corazon amante y las aspiraciones de un alma que tiende á las regiones de lo ideal. Cuenca se muestra en esos cantos guiado por la razon que analiza, por la fe que inspira la creencia, por la mujer que hace amar, sufrir y esperar.

Amó la libertad, y vivió y murió bajo la vara de hierro de un tirano.

Amó á una mujer, como amaba el Tasso, como amó Larra; se creyó correspondido, y fué engañado: los celos y la desesperacion le acosaron entonces como á Othello; pero en lugar de apelar al puñal homicida, templó de nuevo su laud, y lanzó al viento sus sentidas elegias.

Fué porque tenia otro amor que le duró siempre, y siempre le anunció un *mas allá*: amaba la religion, la filosofia y la poesia; amaba lo bello, lo verdadero y lo bueno.

Poeta descriptivo y lírico, profundo pensador, abordó todos los géneros, aun cuando no fué muy feliz en el drama intimo ni en la comedia. Sus versos son armoniosos, bien vestidos, aun cuando no siempre brillan por la correccion. En las poesias de Cuenca se notan dos defectos principales: el desleimiento de las ideas y la monotonía en los metros que escoge y en las combinaciones que emplea de la rima.

Entre los dramas que dejó Cuenca, se ha elogiado mucho el drama histórico *Muza*, que quedó inacabado. Para hablar francamente, no descubrimos en él grandes dotes dramáticas. Como ensayo, pase; como obra destinada á vivir, no puede aceptarse. Hay en ese drama poco movimiento, poca vida, — no hay caracteres bien marcados ni situaciones bien definidas; los monólogos son demasiado largos y los dialogos carecen de precision y de atractivo. El sujeto se prestaba, no obstante, para hacer algo superior.

Bermudo, sin embargo, es á veces notable, al principio sobre todo, por el amor vivaz que muestra por su fe y su patria. Ramiro, á pesar de sus vacilaciones y de sus quejas afeminadas, de vez en cuando se exhibe interesante por su amor á Jimena; esta, tal vez la figura más notable, interesa por su alma elevada y su corazón bien puesto. Muza no está pintado con diestro pincel: no podría servir de tipo al ambicioso: le falta la inteligencia de tal y le sobra la brutalidad. El conde don Julian aparece en ocasiones un poco animado delante del cardenal don Urbano; pero es lamentable el papel que representa faz a faz de Muza.

En la escena quinta del acto primero, el judío Josú se hace fastidioso con la disertación histórica con que regala á la reina Egilona. Los versos son muy hermosos.

La escena cuarta del acto segundo es notable por los versos armoniosos del diálogo entre Muza y Jimena.

En fin, no somos muy admiradores de ese drama. En el tomo 3º hay no pocas composiciones de gran mérito. La *Mariposa* contiene quintillas muy bien hechas, en que se expresan con delicadeza pensamientos muy felices:

Ligera como el perfume
Del aire que agita su ala,
Al nacer un sol asume
Toda su espléndida gala,
Que el siguiente sol consume.

Juega, trisca, vuela ufana,
Bebe el néctar que contiene,
Y para ella la flor mana,
Rie, ama, goza y tiene
Lindo el hoy... ¿pero el mañana?

Amor, vida y lozania,
Hermosura exagerada,
Flores, néctar y ambrosía,
¿Qué son en resumen? nada:
Ventura de solo un día.

Y ventura peligrosa
Que á cada hora, á cada instante,
Por lo mismo que es hermosa,
La acechanza vigilante
Persigue, cerca y acosa.

Como cerca, acosa y sigue,
Hora á hora á la hermosura
Que busca inquieta y persigue,
Estrecha, apremia y apura
Sin que nada la fatigue.

¿Y qué de comun y aciago
Con el de una mariposa,
Tiene el atractivo mago
De los quince de una hermosa?
Brevedad, peligro, halago.

Pues bella y fascinadora
Su juventud hechicera
Es una esplendente aurora;
Pero tan rauda y ligera
Como del placer la hora.

Y es de néctar una gota
Perfumada y cristalina
Que de flor que entreabre, brota,
Y que cuanto la avecina
Estremece, amaga, azota.

Y su gala y su atavío,
Como el perfume y la gala
De la rosa del estío,
Que se evapora y exhala
Como de enero el rocío.

Y sin cábalas ni amaños,
Y bellas y candorosas,
Sin mundo ni desengaños,
Son como una mariposa
Las muchachas de quince años.

Por su gracia, donosura y buen gusto se hace notar la poesía *El Lunar*.

Lunar bello que derramas
Tantas gracias celestiales
En los labios virginales
Del objeto de mi amor;
No te ocultes tras la risa
De esa boca seductora,
Que tu vista me enamora
Y es por verte mi clamor.

Tú das vida á los encantos
De la bella á quien adoro,
Y es por tí que yo no ignoro
Qué es amar y padecer;
Y animando la sonrisa
Que acompaña mi ventura,

Yo contemplo con ternura
Cuán inmenso es tu poder.

Tú naciste de una risa,
Fué tu origen misterioso,
Tierno el seno delicioso
De las gracias te obsequió;
Y á tu encanto concurriendo
De su espíritu divino
Sutil rayo peregrino,
Dios amor te concedió.

Por tí ví desvanecerse
Mi tranquila dulce calma,
Y en inquieto afán el alma
Triste objeto del pesar.
Por tí fué el primer suspiro
Que lanzó mi pecho amante,
Y hasta mi postrer instante
Por tí solo quiero amar.

Las octavas de la *Despedida* son muy bellas, aun cuando hubiera sido de desear que la tristeza de la separación se notara en el bardo, y no que este la supusiera en la bella. Ni aun á M. de Lamartine se le ha podido tolerar aquello de ser él quien procura consolar á las hermosas que supone se enamoran locamente de su belleza y de su genio.

LA DESPEDIDA.

Ya riendo en el Oriente
La aurora sonrosada
De estrellas coronada
Comienza á relucir;
Y en tanto que su frente
Los cielos ilumina,
Me voy: adiós, Corina,
Preciso es el partir.

No empañe la tristeza
Las rosas virginales
Y gracias celestiales
Que el cielo te donó;
Y no de tu belleza
Me mire despojado,
Después que de tu lado
La suerte me arrancó.

No llores, que la hermosa
Florida primavera,
Dorando la pradera
Te viene á consolar;
Mas no de tu preciosa
Megilla la sonrisa,
Su gala más preciosa,
La quieras ¡ay! privar.

Disfruta del contento,
Corina, que solías
Gozar en otros días
En brazos del amor;
Y no mi sufrimiento
Redoblen tus gemidos,
Que apenas mis sentidos
Soportan el dolor.

Tú sola de mi pecho
Serás la poseedora,
La diosa encantadora
Que siempre adoraré.
Yo parto satisfecho
Sabiendo tu ternura:
Mas ¡ay! ¡que tu amargura
Mil penas ya me da!

Distante de tu lado
Veré los ruiseñores,
Los prados y las flores,
Sin canto y sin verdor;
Y al pecho congojado
Mil horas enfadosas
Que marchan perezosas
Pensando en su dolor.

Más luego que templada
Se muestre ya mi suerte,
Gozoso vendré á verte
Volando hasta tus piés;
Y entonces nada, nada
Faltando á mi ventura,
La negra sepultura
Recíbame después.

Más ¡ah! ya el sol hermoso
Los campos ilumina:
¡Adiós, adiós, Corina,
Yo parto en el instante!
Tu pecho generoso
Respire con sosiego,

Que yo volveré luego
Mas tierno y más amante.

Sueltos, fáciles y de perfume oriental son los versos de la *Sultana*.

De perfumes y placeres
Embragada la sultana,
Sobre alfombras de oro y grana
Díjose al poner la sien:
«¿Qué le falta á mi ventura?
Soy la esclava más bonita,
La mimada y favorita,
Soy la reina del haren.

» Tengo joyas
Mil en mi arca,
Y un monarca
Por galán;
Y á una seña
De mis ojos,
Cae de hinojos
El sultán.

» Tardo más en decir *quiero*,
Que en tener cuanto me agrada,
Ni difícil hallo nada
Bajo el cielo hermoso, azul;
Y al placer de mis caprichos
Un imperio se arrodilla,
Porque soy la maravilla
Y el asombro de Estambul.

» Las preseas
Y collares
Por millares
Se me dan;
Y es la suerte
Que más se ama
Ser la dama
De un sultán.

» Respirando mirra y ámbar
Mi existencia se desliza,
Y entre halagos y sonrisa
Se me ofrece eterno amor;
Extasiada en sus deleites
Mi alma está siempre serena,
Y en mi frente de azucena
No hay la huella de un dolor.

» Pues espanta
Mi grandeza
La tristeza
Y negro afán;
Y de penas
No se cuida
La querida
De un sultán.

» Mi destino hermoso anhelan
Las bellezas orientales,
Mas sin celos ni rivales
La mujer más feliz soy;
Y en el mundo igual no tiene
Mi ventura sobrehumana:
¡Soy hermosa, soy sultana,
Y en un trono de oro estoy!

» ¡Cuántas bellas
Mi ventura
Y hermosura
Envidiarán!...
Mas mi orgullo
Las desdeña,
Pues soy dueña
Del sultán.»

Miró acaso á una ventana,
Y al través de su vidriera
Algo vió que no quisiera,
Pues su labio enmudeció;
Y una ingrata sombra oscura,
Como nube empaña un astro,
De su frente de alabastro
Los encantos empañó.

Y era joven
Linda esclava
Que cuidaba
Vil guardian,
Y salía
Con jactancia
De la estancia
Del sultán.

La leyenda *la Expiación recíproca* es obra de mucho mérito, y que bastaría por sí sola á hacer célebre el nombre del escritor.

Las poesías patrióticas de Cuenca están llenas de fu-

go y son dictadas por el amor mas puro a la libertad y la justicia.

Sus epigramas y composiciones festivas son en general dignas de elogio. Ellas demuestran la rica vena y el flexible talento de que estaba dotado el simpático y modesto poeta porteño.

J. M. TORRES CAICEDO.

Sucesos de América.

Los hechos de armas ocurridos en los Estados Unidos desde la retirada de Mac-Clellan de las inmediaciones de Richmond no han sido importantes, y por lo mismo no podían ser decisivos. Sin embargo, desde entonces la situación de los federales ha sufrido un cambio notable, puesto que se han visto obligados a abandonar la ofensiva.

Después de la batalla de los siete días la posición de Mac-Clellan era crítica: la necesidad de no exponer a su ejército a los horrores del hambre, le hizo tomar una pésima posición militar a la orilla derecha del río James, en la cual no tenía otra ventaja que la de poder contar con el poderoso concurso de la escuadra para el abastecimiento de sus tropas y para la defensa de su línea. Era imposible que en tanto que Mac-Clellan permaneciese en el extremo oriental de la península de York diese un solo paso contra un enemigo que le tenía poco menos



El general Pallavicino.

que sitiado por todas partes, excepto por el litoral.

Las mismas seguridades que daba a cada momento el gobierno de Washington respecto de la nueva posición del ejército de Mac-Clellan, indicaban que esta posición nada tenía de tranquilizadora, por las dificultades que ofrecía el salir de ella sin exponerse a una batalla sumamente desventajosa para los federales. Mac-Clellan no podía salir de la orilla del río James sino abandonando al enemigo todo el territorio que había ganado a los confederados en la campaña de la primavera; así es que para lograrlo trasladó el teatro de la guerra al valle de Virginia, al Norte de este Estado. Para esto destacó al general Pope en aquella dirección con un numeroso cuerpo de ejército, y este movimiento, que al principio pareció tener por objeto cubrir la ciudad de Washington, amenazando el valle de Shenandoah, encubría la idea de facilitar la traslación del ejército de Mac-Clellan a la orilla izquierda del Rappahannock.

Por parte del Sur, el activo general Jackson fué destinado a operar contra el cuerpo destacado del general Pope y tomó también la dirección del valle de Virginia. Pope pareció amenazar con fuerzas considerables la ciudad de Gordonsville, punto sobremano interesante para los confederados; este movimiento del general federal hizo que los separatistas distrajesen nuevas tropas de las que estaban al frente de Mac-Clellan, y así este general pudo



SUCESOS DE AMERICA. — El reclutamiento en Filadelfia.

salir sin ninguna exposicion de la linea del rio James.

Preciso es confesar que en esta ocasion los federales han obrado de una manera hábil y estratégica, pues mientras que por un lado la marcha de una gran parte del ejército separacionista de las inmediaciones de Richmond hácia el valle de Virginia facilitaba la retirada de Mac-Clellan, las fuerzas del Sur no llegaban allí con bastante prontitud para destruir el ejército de Pope.

El cuerpo de ejército de este general hubiera corrido un gran peligro si Jackson hubiese recibido a tiempo los refuerzos que esperaba. Su objeto era batir a Pope en detall rompiendo su linea por el centro: de este modo, mientras que aislaba a la division de Sigel, arrojandola contra las montañas de Bleu-Ridge, obligaba al general Banks a retirarse hácia Warrenton, y a Mac-Dowell sobre Fredericksburg; pero Jackson no habiendo logrado completar esta operacion por el motivo antes mencionado, no pudo aprovecharse de la falta que cometiera Pope situando sus divisiones a larga distancia una de otra.

Apenas Pope vió el peligro que le amenazaba, trató de reunir todas sus fuerzas; la division del general Banks verificó su movimiento con mucha lentitud, y alcanzada por la vanguardia de los confederados, dió lugar al combate de Cedar Mountain. Banks hubiera sufrido un descalabro completo a no ser por el apoyo que en su retirada le prestaron las fuerzas de Pope que corrieron a su auxilio.

El general Jackson fingió entonces una retirada y cruzó el Rapidan para ver si lograba atraer al general Pope con todo su cuerpo de ejército. Si Pope se hubiese dejado engañar por la fingida retirada de Jackson, hubiera sido atacado vigorosamente al otro lado del Rapidan, y en caso de ser vencido, como era probable, se habria encontrado cortado por aquel rio. La caballeria federal siguió a los confederados hasta la orilla del Rapidan, desde donde se retiró rápidamente para reunirse al grueso de su ejército. Pope emprendió en seguida un movimiento a retaguardia a fin de verificar su union con Mac-Clellan, a cuyo efecto cruzó el Rappahannock por su parte superior, y situándose a la orilla setentrional de este rio se puso en comunicacion directa con el general en jefe del ejército del Potomac. La nueva linea de los federales se extiende ahora desde Front-Royal a Fredericksburg.

En los demás Estados ocupados por los beligerantes, los confederados han tomado igualmente la ofensiva. En el Tennessee el general Buell marchaba en retirada subiendo por Seguatchy Valley a fin de reunirse con otra columna federal que habia atravesado por Cumberland Gap. Los federales en aquel Estado, despues de haber perdido una accion en Gazewell, en la cual el enemigo les hizo 3,000 prisioneros, se encuentran rodeados por todas partes por numerosas partidas mandadas por guerrilleros del pais, y el general Morgan, el mas célebre de todos y el que manda mayores fuerzas, habia entrado en Galatin, que dista muy poco de Nashville, capital del Estado.

De todas las conquistas de los federales en las cuales sacrificaron tantos hombres y gastaron tantos millones, no les queda en la actualidad mas que Memphis, Nashville y Nueva Orleans, y aun en estas ciudades su dominacion se encuentra muy comprometida. Las fuerzas federales de Nashville puede decirse que están bloqueadas, mientras que los confederados recorren libremente todo el Estado. El general Butler, en Nueva Orleans, temiendo un ataque del pueblo, ha mandado entregar las armas a todos los habitantes de la ciudad, sin exceptuar a los extranjeros.

Los federales han rechazado el ataque que Breckenridge intentó contra Baton-Rouge; pero el mal éxito de este ataque se debe principalmente a la destruccion del Arkansas, que debia desempeñar un papel muy importante en la toma de esta ciudad. No obstante, los confederados continúan amenazando Baton-Rouge, capital de la Luisiana, situada sobre el Mississipi; esta ciudad caerá seguramente en poder de los separacionistas si las fuerzas federales del Tennessee son batidas como se espera. Entonces la mayor parte de las tropas separacionistas de aquel Estado pasarian a operar en el del Mississipi con el objeto de apoderarse de Baton-Rouge y rescatar a Nueva Orleans.

Escrito este resumen de noticias, se han recibido en Paris despachos de fecha del 20 de setiembre en Nueva York, en los que se dice que el general Mac-Clellan habria rechazado a los confederados mas allá del Potomac, y que los Estados del Maryland y de Pensilvania habrian quedado libres de los invasores. Esperaremos mas pormenores sobre estos sucesos.

J. M. Y M.

Revista de Paris.

En voz baja y con mucho misterio se cuenta una anecdotilla que no deja de tener su chiste. Refiérese a un hombre serio, un hombre muy serio, uno de esos personajes que tendrian á menos reir, y que todas las cosas de la vida las miran por un prisma grave y severo. Advertiremos que este gran señor ocupa un alto puesto en la magistratura, lo que mitiga algun tanto ese horror á las cosas fútiles que le es característico.

Vamos á la cuestion. Este año el señor magistrado ha dado un paseo por las márgenes del Rhin y se ha detenido unos cuantos dias en Baden, donde se encontraba tambien á la sazón una



SUCESOS DE AMERICA. — Batalla de Bull's-Run.

señora amiga suya, una marquesita bella y maliciosa, de las que mas incomodadas se muestran por la eterna seriedad del inflexible magistrado.

Esta señora habia sido mal recibida cuantas veces habia hablado á su amigo, como hacia con todo el mundo, de vestidos y de sombreros á la moda, y con este motivo se habia prometido á sí misma una venganza ostensible.

Apenas supo la llegada de su amigo á Baden, le escribió cortésmente una carta pidiéndole que pasara á su domicilio, pues deseaba exponerle un asunto de suma importancia para ella.

El magistrado se presentó el mismo día en la habitacion de la marquesa.

— Amigo mio, exclamó la jóven tomando un aire suplicante, espero de Vd. un favor del que depende la felicidad de mi vida.

— Marquesa, respondió el magistrado con esa helada gravedad que no le abandona nunca, siempre me encontrará usted dispuesto...

— Ante todo, una promesa.

— ¿Cuál es?

— Que no me negará Vd. lo que voy á pedirle.

— Estoy íntimamente convencido de que su peticion de usted se funda en la justicia...

— ¡Oh! amigo mio, repito á Vd. que ante todo deseo su promesa.

— Me veo en la precision de recordar á Vd. que los deberes de mi estado tienen exigencias rigurosas.

— No atiendo á nada y pido la promesa.

— Usted sabe muy bien lo que yo puedo conceder y lo que debo negar ¿no es cierto?

— ¡Oh! tranquilícese Vd., no le pediré nada que envuelva un compromiso.

— En ese caso, explíquese Vd., marquesa.

— De Vd. depende que sea yo la mas dichosa de todas las mujeres...

— Pero en fin, ¿de qué se trata?

— La tranquilidad de mi vida entera está en su contestacion de Vd., y por eso necesito su palabra.

— Muy bien, veamos lo que Vd. pide.

— ¡Ay! amigo mio, mi gratitud será eterna.

— Por amor de Dios, hable Vd. ¿Qué puedo yo hacer para complacerla?

— Todo, amigo mio, todo.

— Corriente, espero la explicacion.

— Sí, pero es que yo no hablaré antes que me haya dado usted su palabra de acceder á mi súplica.

— Esto es demasiado; yo no puedo comprometerme sin saber....

— Amigo mio, si Vd. me niega esa promesa, sin la cual nada puedo decir, será la mas desgraciada de las mujeres, y mi desgracia será culpa de usted.

La escena se prolongó de esta manera mas de un cuarto de hora, hasta que por fin la hermosa solicitante apeló á los grandes recursos, á los argumentos sin réplica; se arrojó á las plantas del magistrado, y vertió un torrente de lágrimas.

El magistrado cansado ó enternecido accedió á lo que le pedian, esto es, se comprometió á acordar á su amiga el favor á que daba tanto precio.

No bien hubo empeñado esta palabra el grave personaje se arrepintió, pero ya era demasiado tarde.

— Amigo mio, repuso la bella marquesa enjugándose los ojos, estamos preparando aquí una comedia casera...

Al oír este exordio el serio magistrado frunció el ceño... ¿qué tenia que ver él con las funciones teatrales?

— Yo represento un papel principal, continuó la marquesa sin mostrarse asombrada con la estupefaccion y la impaciencia de aquel á quien se dirigia, y quiero distinguirme... quiero que todo el mundo admire mis adornos, y quiero eclipsar á todas las señoras.

Si el asunto de que trataba la jóven no inspiraba recelos al magistrado acerca de su responsabilidad oficial, en cambio alarmaba su dignidad seriamente, y así es que su descontento se hizo visible.

— Creo que Vd. está de broma, amiga mia; ¿qué significa consultar á un hombre como yo acerca de tales fruslerías?

— ¡Oh! Déjeme Vd. continuar, y sobre todo tenga Vd. muy presente su promesa.

El magistrado se inclinó, pero no sin morderse los labios de despecho.

— Se me ha ocurrido pues, amigo mio, una idea muy singular, la de hacerme un adorno con plumas de aves y pájaros exóticos, y como Vd. posee un magnífico guacamayo, exijo que me dé Vd. una de las plumas mas largas de su cola.

El magistrado habria querido enfadarse por aquella burla, pero hizo de tripas corazon, y repuso como aliviado de un gran peso:

— Bien lo podia Vd. haber dicho hace media hora.

— ¿Con que está concedido?

— Sí, ahora mismo voy á poner un parte telegráfico á mi señora para que envíe la pluma; está Vd. servida.

Añádese que la pluma hizo su aparicion en la comedia casera y que fué admirada extraordinariamente, sobre todo por aquellos que estaban enterados de la aventura.

Una noticia extraordinaria, dicen los periódicos de la semana, ha venido del Oeste del imperio á exaltar todas las cabezas del hotel Drouot y de Paris. Parece ser que vivia en la Bretaña en medio de los bosques y en el retiro mas absoluto un opulento anciano con su mayordomo, casi tan viejo como él. Este señor muerto en julio último, era un arqueólogo famoso que habia pasado la mayor parte de su vida llenando con el mayor sigilo su palacio de todos los tesoros artísticos de los antiguos tiempos, tanto que los herederos que creyeron hallar no mas que las cuatro paredes, han descubierto en él un museo de los mas ricos.

Un solo hecho, dicen los cronistas, dará una idea del descubrimiento. Se han contado hasta 7,000 cuadros de los principales maestros pertenecientes á todas las escuelas y á todas las épocas. La coleccion de armas, armaduras é instrumentos de guerra no tiene su igual en Europa. Al acaso citan entre las preciosidades un reloj del tiempo de Luis XIII, de donde por efecto

de un mecanismo singular, se ve salir á las doce de la noche á la Muerte que da una vuelta por el cuarto antes de volverse á meter en su casilla.

Y sin embargo, todo esto no es nada. Se han hallado treinta de las piezas principales del famoso servicio de porcelana llamado de Enrique II, del cual hay algunas muestras en el Louvre, en Cluny, en el museo Sauvageot, en Inglaterra, y en casa de Rothschild, que han sido pagadas no ya á peso de oro, esto seria poquisimo, sino á peso de billetes de banco. ¡Treinta piezas grandes y todas intactas! Es de advertir que estas piezas de porcelana, llamadas del servicio de Enrique II, son hoy lo mas notable de lo que existe en el universo para los aficionados á la cerámica. Los inteligentes piden á voz en grito el catálogo de las maravillas anunciadas.

Mientras los parisienses que han abandonado la capital por la vida de campo y de viajes se disponen á regresar á sus cuarteles de invierno, un afamado novelista, M. Paul Feval, se prepara á salir de Paris para emprender un viaje de otoño por las costas de la Bretaña. M. Paul Feval, á imitacion de Alejandro Dumas, que se convirtió de repente en capitán de bergantín, ha fletado por su cuenta un barquichuelo de pescador para llevar á cabo su expedicion bretona. La idea no deja de ser original, y probablemente el fecundo novelista nos traerá á su vuelta algunas leyendas de su amado pais, esa tierra tan pintoresca y de historia tan antigua.

Un amigo suyo, M. O. de Jallin, quien nos da esta noticia en su crónica del periódico *la Francia*, dice con mucha razon que M. Paul Feval que ha escrito tantas novelas en su vida, podria componer otra mas con solo relatar su propia historia. Efectivamente, M. Feval nació pobre y pasó su infancia en un antiguo castillo de la Bretaña poblado de sombra y de misterio. El espíritu de las ruinas visitó á menudo sus sueños depositando en él la misteriosa poesía que mas tarde debia dar á su talento esa inclinación á lo maravilloso que le es característica.

Jóven aun vino á Paris, donde mas tarde debia describir en una de sus obras mas celebradas las esperanzas y las angustias del jóven que se dirige con sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos á la gran ciudad que representa el porvenir, un porvenir siempre radiante cuando se tienen veinte años.

Como sucede generalmente, en Paris no halló mas que desengaños. Buscaba por todas partes un empleo, pero entre tanto el infeliz se moria de hambre. Era de carácter suave y tímido, y llamaba de puerta en puerta siempre en vano.

Una noche subia mas desalentado que nunca la escalera que conducia á su guardilla; llegado arriba, las fuerzas le abandonan, cae y se desmaya.

Todo el que sabe la vida de Paul Feval, conoce el papel que representa en ella una vecina caritativa. Ella le levantó, le cuidó, y el jóven al volver en sí distinguió á su lado aquel ángel benéfico cuyo nombre no pronuncia jamás sin enternecerse.

La reputacion de Paul Feval se fundó con los *Misterios de Londres*, obra que publicó bajo el pseudónimo británico de sir Francis Trollope. De entonces á hoy su fama ha ido en aumento, y en el dia no tiene rival en el género de novelas que compone. Así su posicion es otra, pues sus producciones que generalmente se insertan en los diarios, le dan al año una renta cuantiosa.

Ya que tocamos esta cuestion metálica, diremos que á pesar de los precios excepcionales que obtienen en Francia algunos autores por sus obras, por lo comun el trabajo literario no alcanza aquí ni remotamente la remuneracion que consigue en Inglaterra. Por las cifras siguientes se podrá conocer cómo son pagados en el dia los escritores ingleses, aun los de segundo y tercer orden. M. W. Collins recibirá 20,000 pesos por su novela *No Name*; M. Trollope 25,000 por *The Small House at Allington*, publicada en la *Revista de Cornhill*, y Jorge Elliot (seudónimo de una mujer) tendrá 35,000 pesos por *Romola*.

Esta semana se ha hablado mucho en Paris del ajuste de Mario en el teatro de la Opera Francesa. Unos dicen que está contratado por seis meses por la cantidad de 100,000 francos, y otros limitan el ajuste á la mitad del tiempo y la suma á 30,000 francos. De todos modos, lo que parece fuera de duda, es que saldrá á cantar á fines de octubre ó principios de noviembre, y ejecutará el mismo papel de Roberto el Diablo con que se estrenó en el mismo teatro el 30 de noviembre de 1838. Calzado va á descontentar este año á sus abonados con la ausencia de Mario. Es verdad que les ofrece Tamberlick, pero este solo puede dar una docena de funciones al fin de la temporada, y no es bastante. Nos sucederá aquí con Tamberlick lo que á los barceloneses con Mario; entrambos artistas figuran en las listas de las compañías italianas de Paris y Barcelona, el primero para pasar el invierno cantando en San Petersburgo, y el segundo para pasarle tambien, al mero en su mayor parte, en el teatro de la Opera Francesa. Es de admirar la maestría con que saben presentar el cebo los señores empresarios.

En este mismo teatro de la Opera se ha estrenado noches pasadas una bailarina francesa, Mlle María Vernon, una jóven rubia y esbelta, de gracias un tanto diminutas. Mlle Vernon es francesa, y por consiguiente ha sido bien acogida, aunque á decir verdad, todavía la falta mucho para merecer los grandes aplausos que se la prodigaron. Sin embargo, esto no quiere decir que no se halle en buen camino.

María Vernon, como Emma Livry, es una jóven bien educada, y que ha abrazado la carrera teatral por efecto de una vocacion irresistible. Muchos ejemplos de estas inclinaciones artísticas se encuentran en la Opera, sobre todo en el cuerpo de baile, y si como se cree nos llega este invierno la Catinka, que está haciendo furor en Baden, casi podremos decir que deben contarse en ella todas las principales. La Catinka es una jóven rusa de hermosa presencia, que ha salido á las tablas á pesar de la fuerte oposicion que la ha hecho su noble familia. Quiso presentarse en los teatros de San Petersburgo y de Moscou, pero sus padres se lo impidieron, consintiendo al propio tiempo en asegurarla una pension anual de veinte y cinco mil francos, bajo la condicion de que solo bailaria en naciones extranjeras. La jóven aceptó, salió de Rusia y se propone recorrer la Europa, seguida de una corte de señorones de su pais que admiran altamente su talento.

MARIANO URRABIETA.

La Soberbia.

AL SEÑOR DON JOSE ZORRILLA.

Jefe de los pecados capitales,
Terrible en su rencor, es la soberbia,
De iniquidades piélago anchuroso,
Manantial de terribles tragedias.

Ella pervierte en su irascible empuje,
Las cualidades de virtud mas bella,
Y turba los instintos mas hidalgos,
Y exímias condiciones envenena.

En los arranques de su marcha inicua
Sus furoros satánicos revela,
Y maldice del sol los bellos lampos,
Y busca su dominio en las tinieblas.

Enemiga mortal de la justicia,
Pregona sin rubor con voz siniestra,
Que «no es gloria la luz llevar al caos,
Y es gloria que en el caos desaparezca.»

Así principia la tremenda lucha,
Así principia la inmortal tragedia...

¿Tragó el caos la luz?... El sol de gracia
Iluminando sigue las esferas.

Hubo un ángel, de Dios el predilecto,
Adornado de gracia tan divina,
Y en dones de hermosura tan perfecto,
Que casi igual al Criador camina.

Es del SEÑOR el ángel de confianza,
Ministro de las órdenes del cielo,
Le sigue á todas partes la esperanza,
Paraninfo de amor y de consuelo.

Cuando despliega sus ardientes alas,
Se inunda de esplendor el firmamento,
Que nadie luce mas fulgentes galas,
Nadie esparce mas luz, mas puro aliento.

Llegó una hora de soberbia inicua,
Y al mirarse en su angélica figura,
Tan cumplida en belleza
La excelsa criatura,
Crear quiso infinita su grandeza;
Y en un arranque de despecho adusto
Frágil se atreve á declarar la guerra
Al Criador del cielo y de la tierra.

Mas, terrible el SEÑOR en sus enojos,
Al ver de ingratitud tan clara muestra,
Del ángel de su amor quita los ojos,
Y al separarle, airado, de su diestra,
La ingrata criatura,
Eclipsada su célica hermosura,
Con nunca oído espanto,
Lágrimas derramando en su quebranto,
Abandona las fúlgidas mansiones
De inefable ventura,
Para hundirse en las hórridas regiones
De negro afán y eterna desventura.

Primer modelo de soberbia ingrata
De tan dura y amarga trascendencia,
Porque resfria y mata
Ese volcan de amor tan encendido,
Que nos muestra la sábia Providencia,
Por su patria perdida
Llora el rebelde serafín sin cuento,
Su celestial belleza envilecida
En la region oscura del tormento:
Amargamente llora
Por el fulgor de su gentil aurora.

Después, á su divina semejanza,
Formó el SEÑOR la humana criatura,
Y en su amorosa alianza
Un Eden de placer y de ventura
Le otorga por morada,
Como prenda sagrada
De su favor divino,
Al emprender el terrenal camino.
Dióle por compañera,
Cual propio don de la celeste mano,
A Eva la hechicera,
Sonrisa de su rostro soberano,
Tan rica de bondad y de ternura,
Tan perfecta y cabal en su hermosura,
Como que hacerla quiso
Dichosa emperatriz del paraíso.

A manos llenas derramó sus dones
Sobre sus criaturas;
Infinita en su amor la Providencia.

No conocen ni leves turbaciones
En tan grandes venturas,
Llenas de castidad y de inocencia.

Y luego invade la soberbia impía
Al desdichado corazón humano;
Por llegar á ser Dios tanto porfia,
Que llega á ser un misero gusano.
La débil criatura,
Prendada de su frágil gentileza,
Olvida al Criador de la hermosura,
Por adorar su terrenal belleza.
Por la soberbia herido,
En las regiones lúgubres del llanto,
Sufrir el ángel caído:
Nada se encuentra igual á su quebranto:
Para siempre perdido
Por el enojo altísimo de Dios,
Su negra desventura
Estremece de horror al pensamiento:
Su angélica hermosura,
En garras del eterno sufrimiento
Vanamente procura
Conservar su seráfico esplendor.

Al recordar la estremeciente historia,
Trémulo el serafín las alas pliega,
Levanta á Dios sus tímidas plegarias,
Y su infinita Majestad confiesa.

La rebelión impía,
Enseñanza tan docta y tan severa,
Adán de su memoria la desvía
Por seguir á su frágil compañera
En la senda de infausta vanidad.

Y al dejar el umbral del paraíso,
Perdido el esplendor de su inocencia,
Víctimas de su error, fuéles preciso
Principiar su terrífica existencia
De pena aguda y de perenne afán.

La soberbia turbó la paz divina,
Velo de maldición tendió en la tierra,
Enemiga de Dios engaña al hombre...
Y el mundo reproduce sus tragedias.

EVARISTO FOMBONA.

La Nueva Caledonia.

COLONIA FRANCESA.

Si la tendencia á colonizar no es tan marcada entre los franceses como entre los ingleses, dice el periódico francés la *Patrie* de donde traducimos este artículo por las curiosas noticias que contiene, no puede acusarse de ello á la administración del Estado, que hace todos los esfuerzos posibles para desarrollar aquella tendencia. Tal es la reflexión que nos ha suscitado la lectura de la obra de M. Braine y del folleto del R. P. Montrouzier, sobre la mas reciente de nuestras posesiones de ultramar, así como la de los artículos publicados sobre la Nueva Caledonia por los oficiales de nuestra marina en la *Revue maritime et coloniale*, por el ministerio de la Marina y de las colonias. Aquella isla nos pertenece nueve años hace cuando mas, y sin embargo, en tan corto espacio de tiempo, la dirección de las colonias, secundada por los misioneros, ha llegado, á pesar de los innumerables obstáculos que se oponían, á prepararlo todo para un dichoso porvenir.

Empero, que nos sea permitido decir algunas palabras respecto del pasado de aquella isla.

Al célebre Cook pertenece la gloria del descubrimiento de la Nueva Caledonia en 1774. Diez y ocho años despues D'Entrecasteaux, en su viaje para averiguar la suerte de la expedición de La Prouse, visitó la costa oriental y mas tarde la nordeste de la isla. El capitán Kent, comandante del *Buffalo*, descubrió en 1793 el puerto de San Vicente, cesando la Nueva Caledonia de recibir visitas de buques de guerra hasta 50 años mas tarde, en que encontramos las huellas oficiales de los europeos en aquella region. El *Bucephale* en 1843, el *Rhin* en 1845, *l'Heroine* y la *Seine* en 1846, *l'Alemene* en 1850, *Havannach* en 1851, el *Herald* en 1853, hicieron en ella estaciones mas ó menos largas. Ninguna nación marítima, sin embargo, había tomado un posesion de la isla, cuando el contra-almirante Febvrier-Despointes, á fines de 1853, abordó á ella en el *Phoque*, y en la noche misma de su llegada la bandera de la Francia imperial ondeó en la Nueva Caledonia, desde entonces convertida en posesion francesa.

Hasta un año despues no se fundó un establecimiento duradero, y el honor de los gérmenes de progreso esparcidos en la isla, recae sobre dos oficiales muy estimados bajo diversos títulos, MM. Tardy de Montravel y Du Bouzet; del mismo modo la geografía del país es deudora de los elementos que sirvieron posteriormente para el estudio de tan importante ramo á M. Bouquet de la Grye, ingeniero hidrográfico.

La naturaleza ha dotado á la Nueva Caledonia de tesoros con una prodigalidad sin ejemplo: la ha concedido puertos excelentes y numerosos, un suelo adecuado á toda clase de cultivo y un clima tan sano como el de la Turena. Sus habitantes son por desgracia indignos de poseer el país que la Providencia les ha confiado: aunque dotados de una fuerza y de una agilidad sorprendentes y de una inteligencia admirable, los neo-caledonios se muestran mas inclinados al mal que al bien.

Antes de la llegada de los misioneros en 1842 la influencia de los europeos sobre las costumbres de los habitantes de la Nueva Caledonia había sido de las mas lamentables, forzoso es confesarlo. Se comprende facilmente que no hablamos de la que pudo ejercer la tripulación de los buques, cuya enumeración hicimos mas arriba. Acusamos solamente á esos tripulantes de barcos costeros, que en los mares del Sur son conocidos con el nombre de los *sandaleros* y que van de isla en isla en busca de la madera de sandalo de que la China hace un consumo tan considerable. Empujados por el lucro, aquellos hombres no han introducido en Nueva Caledonia mas que la afición á las bebidas fermentadas y han desarrollado entre sus habitantes los instintos del robo y del libertinaje.

Debemos añadir que los neo-caledonios, como todos los pueblos salvajes, son imprevisores en sumo grado. Cuando su cosecha de batata está recogida en el mes de noviembre, se apresuran á devorarla hasta el último grano; y entonces es cuando atormentados por el hambre, traban tribu contra tribu sangrientos combates, cuyos resultados son horribles festines en que la carne de sus semejantes desempeña necesariamente el principal papel. Veinte años hace que los misioneros se esfuerzan en extirpar tan abominable práctica, mas hasta ahora sus esfuerzos han sido estériles aun respecto á la mayoría de sus adeptos, segun manifiesta un informe que tenemos á la vista.

¿Es imposible destruir la antropofagia entre los neo-caledonios? No, seguramente, porque el canibalismo es el efecto inmediato de una extremada miseria unida á una grande pereza.

Los misioneros, que constituyen en todas partes la vanguardia de la civilización, los misioneros han iniciado á un gran número de habitantes de la Nueva Caledonia en el cultivo de diversos frutos, y especialmente en el de la batata; y los reverendos padres piensan con razon que luego que cuenten los canibales con una remuneración suficiente que facilite la satisfacción de sus necesidades, concluirán por abandonar tan horribles costumbres.

Aun admitiendo que algunos se obstinen en la práctica de la antropofagia, no serian por cierto un obstáculo para la colonización.

« Rechazados por ella, podrán emigrar de isla en isla en esas piraguas que con tanta destreza dirigen. Mas ¿porqué el Evangelio no ha de ser su áncora de salvación? Los primeros pasos se han dado ya. »

El cultivo á que pueden dedicarse los neo-caledonios, y en el que los emplean ya algunos europeos, es de varias especies, porque, lo hemos dicho, su suelo se presta de una manera admirable á las producciones de las mas variadas latitudes; los frutos, las legumbres y los cereales de nuestra Francia, lo mismo que el azúcar, el algodón, el café, las especias. Las selvas de Nueva Caledonia contienen además una cincuenta de esencias de primer orden. En cuanto á los recursos mineralógicos del país son tambien muy grandes; encuéntrase allí el oro, el cobre y el hierro. Hay entre otras en Toulés una cantera de pizarras, y de ella han extraído los misioneros fragmentos de gran dimension para cubrir sus viviendas. Son depósitos que contienen materiales en abundancia, no solo para satisfacer las necesidades de la colonia, sino tambien para la exportación, tanto mas apreciable cuanto que las demás islas de la Oceania se hallan desprovistas de aquel material. Hase descubierto tambien en Port-de-France tierra para fabricar ladrillos.

La piedra de construcción se reemplaza actualmente por una especie de esquisto; de las madreporas se obtiene asimismo una cal, que mezclada con arena de la ribera, sirve como excelente argamasa. En fin, en las cercanías del mismo Port-de-France el carbon se halla en la superficie del suelo. Una de las venas, abierta por 20 hombres de la tripulación del *Prony*, ha suministrado en cinco horas 2,200 kilogramos de carbon, cuya calidad es igual, segun se ha reconocido, á la de los mejores carbones, y entre ellos al de Cardiff: arde bien, despidiendo mucho calor y muy poco humo. Otras minas de la misma sustancia han sido descubiertas posteriormente en varios puntos de la isla, y especialmente en los alrededores de Kanala.

La existencia de aquellas minas es un hecho cuya importancia no ha pasado desapercibida de los americanos, cuyos periódicos han hablado de ellas, lo que se explica facilmente: el único carbon de que pueden servirse los *steamers* que recorren la línea de Panamá á la Australia, es el de la pequeña villa de Newcastle, próxima á Sidney, y cuyo puerto solo es accesible á los buques que no calan mas que 14 pies de agua. De ello resulta que el precioso combustible tiene que ser trasladado y cuesta en Sidney próximamente á 32 francos la tonelada. En Kanala el precio de venta podría reducirse á la mitad. Este último puerto, uno de los mas hermosos del mundo, es de facil acceso en todos tiempos aun para los grandes buques; Kanala se encuentra, por lo tanto, admirablemente situado para servir de punto de escala á los *steamers* que hacen el viaje que hemos

indicado. El comercio del carbon hallaria por otra parte, importantes salidas en Callao y en las islas Chinchas, en cuyos mercados el precio de aquel combustible es muy elevado en todas épocas.

Los buques que se dirigen á aquellas localidades diversas para recibir carga de guano, harían una operación lucrativa importando allí carbon de Nueva Caledonia. Del mismo modo los buques que se dirigen hacia la China ó hacia la India por los estrechos de Torres ó por la vía de la Nueva Guinea, y que van de ordinario en lastre, obtendrían una gran ventaja en recibir cargamento de carbon en la colonia francesa.

Empero el puerto de Kanala no parece destinado solamente á servir en el Pacífico de principal depósito de carbon; está llamado tambien á ser un centro activo de comercio para los demas productos de que hemos hecho mención. Desde ahora se pudiera ya embarcar allí madera de sandalo y otras sustancias muy apreciadas por los chinos, y que desaparecen de día en día de las islas, de donde las extraían sus proveedores ordinarios.

Grandes resultados se obtendrían si nuestro genio emprendedor se dirigiese hacia la Nueva Caledonia, manantial de grandes riquezas. El comercio podría sacar inmediatamente partido de todas sus producciones naturales, cuya explotación, exceptuando la del carbon, no exigiria mas que un capital muy reducido.

Un negociante de Sidney, M. Padden, que se ocupa en Kanala en la pesca del *tripang* y en la venta del sandalo, ha adquirido en tres años una fortuna de un millón de francos.

La concesión á M. Padden no es la única otorgada por la administración local á los extranjeros. En su ardiente celo por atraer el trabajo y la prosperidad consiguiente á la isla, el gobierno francés dió un decreto en 1859 confiriendo á los colonos de cualquier nacionalidad los derechos y prerogativas de ciudadanos franceses, sin exigirles formalidad alguna incómoda.

El número de concesiones acordadas se elevó ya el año siguiente á 220, entre las cuales se citaba la de uno de nuestros compatriotas, M. Joubert, quien introdujo de Sidney en Port-de-France, para el servicio de su explotación, 55 europeos, 40 indígenas de la Oceania y 100 chinos habituados ya al cultivo de la caña del azúcar. Aquel concesionario se propone hacer llegar de Saintonge y del país vasco determinado número de familias francesas, para que se establezcan en sus dominios. Las fiebres reinantes en las islas contiguas á las Nuevas Hébridas son efectivamente desconocidas en Nueva Caledonia, donde no reina, segun el informe de los cirujanos de nuestra marina, enfermedad alguna epidémica ni endémica. Los europeos pueden pues, á juzgar por lo que sucede á nuestros soldados y marineros, cultivar aquella tierra privilegiada, hacer desmontes y trabajar, empleando ligeras precauciones, al aire libre sin peligro.

Esta salubridad del clima ha dado ocasion á que se haya pensado, sin duda durante un momento, en fundar un establecimiento penitenciario en la Nueva Caledonia.

« Una idea eminentemente filántropica, decia el emperador en la apertura de la sesión legislativa de 1857, había animado al gobierno á trasladar los presidios á la Guyana; por desgracia la fiebre amarilla, extraña á aquellas comarcas 50 años hace, ha venido á detener los progresos de la colonización. Se está estudiando un proyecto de traslación de aquellos establecimientos á Africa ó á otra parte. »

« Otra parte, segun el pensamiento imperial, era la Nueva Caledonia. En el momento mismo en que el emperador hacia semejante comunicacion al Cuerpo legislativo, se trasladaba el establecimiento penitenciario de Guyana á las orillas del Maroni. Cambiadas desde entonces de todo punto las condiciones de salubridad, se conservaban en la Guyana los brazos que proporcionan tanta ventaja á la colonización. »

Existe un nuevo establecimiento penitenciario en la Nueva Caledonia, aunque para condenados militares de cierta categoría. Hablamos de aquellos cuyo depósito está en Oleron, y las cuatro compañías de que se compone están repartidas la primera en la Nueva Caledonia, la segunda en la Gorea, la tercera en Guadalupe y la cuarta en Reunion. Aquellos condenados son los que cometieron delitos cuya naturaleza les impide volver á sus banderas.

Mitad presidiarios, mitad soldados, aquellos hombres pueden prestar grandes servicios desde luego en los trabajos de utilidad pública, y posteriormente, en caso de necesidad, como defensores de los establecimientos europeos. A dar crédito á las correspondencias que hablan de aquellos individuos, hay motivos bastantes para alabar su conducta, y aun recientemente en una expedición contra una tribu culpable por haber incendiado una casa mision, se condujeron de una manera en extremo satisfactoria.

Construir fortalezas, cuarteles, hospitales, docks, puertos, faros, caminos, prestando al mismo tiempo ayuda á la infantería de marina para tener en respeto á las poblaciones indígenas, es todo lo que puede exigirse de penados militares, y es mucho si se llega á obtenerlo de ellos. Los capitales de las personas que se establezcan en la isla harán el resto.

« Que nuestros negociantes dirijan pues la vista sobre la Nueva Caledonia. Allí encontrarán, sin duda, los medios de aumentar considerablemente sus negocios, puesto que bajo el concepto de las producciones naturales y de los recursos mercantiles y minerales, es un país que no va en zaga á ningún otro. » Esto es lo que decia no há mucho un periódico, cuya autoridad nos

parece tanto mayor cuanto no puede acusarse de dejarse arrastrar del entusiasmo nacional, *el New-York-Herald*. Es lo que para terminar este artículo repetiremos a nuestra vez.

El conde de Gasparin.

El conde de Gasparin, que acaba de fallecer á la edad de ochenta años, ha ofrecido una carrera de las más útiles y notables de nuestro tiempo. Pertenecía á la antigua familia corsa y provenzal, cuya rama primogénita feneció hace veinte años en la persona del conde Lucio de Gaspari Belleval.

Su padre, Agustín de Gasparin, oficial al salir del colegio, era capitán en el regimiento de Picardía cuando estalló la revolución cuyos principios adoptó. Fué miembro de la Asamblea legislativa y de la Convención, y era comisario cerca del ejército que sitiaba á Tolon, cuando el joven comandante de la artillería del sitio tuvo que luchar con la ignorancia de la plana mayor. Hé aquí en qué términos ha consignado el emperador Napoleón esta circunstancia en su testamento :

« Legamos 100.000 francos á los hijos ó nietos del diputado á la Convención Gasparin, representante del pueblo en el sitio de Tolon, por haber protegido y sancionado con su autoridad el plan que habíamos dado y que era contrario al que envió el comité de salud pública. Gasparin con su protección nos puso al abrigo de la persecución y de la ignorancia de los estados mayores que mandaban al ejército antes de la llegada de mi amigo Dugommier. »

M. de Gasparin, al ejemplo de su padre, entró muy joven en el ejército, y formaba parte del estado mayor del gran duque de Berg, cuando después de la batalla de Eylau los achaques que había contraído en el servicio le obligaron á retirarse.

Los sucesos de 1830 vinieron á sorprenderle en su estudiantado retiro, y entonces se apoderó de él la vida pública. Fué sucesivamente diputado de Vaucluse, prefecto del Loira, del Isere y del Ródano, consejero de Estado, par de Francia, subsecretario del Interior y ministro del mismo ramo.

En 1834 hizo un gran servicio á la sociedad cuando el gran levantamiento lyonés. La ciudad de Lyon ha consagrado en sus registros la gratitud debida al valeroso magistrado, que con tanta energía como humanidad comprimó un movimiento temible próximo á extenderse por todo el Mediodía.

En el ministerio del Interior no se ha olvidado tampoco al administrador inteligente que se consagraba á la dirección de los asuntos del país, descuidando un poco la atención que debía á las discusiones parlamentarias. Si no se hallaba suficientemente preparado á las luchas de la tribuna, lograba hacerse útil bajo otros conceptos; las mejoras que ha introducido en el régimen de las cárceles, y la supresión de la cadena de los presidiarios, se cuentan en el número de los actos que marcaron su carrera ministerial.

Después de haber dejado su cartera, quedó siendo uno de los miembros influyentes de la Cámara de los pares.

Llamado durante los diez años que siguieron á presidir la mayor parte de las comisiones importantes, á las que el gobierno encargaba preparar los proyectos de ley, ó el cuidado de los grandes intereses del país, hallaba en esas tareas un alimento á su poderosa



El conde de Gasparin.

actividad intelectual. Y estas tareas políticas ó administrativas no le hacían olvidar los trabajos de otra especie, y así sucedió que la Academia de ciencias le llamó á su seno. De todas las distinciones que ha obtenido en su vida, está fué la más preciosa á sus ojos, pues comprendía que solo la debía á su mérito, y además le ponía en contacto continuo con todos esos sabios, esos

No solo la inteligencia inspira tales sentimientos. Para hacerse estimar y querer así, no basta tener como M. de Gasparin una cabeza enciclopédica, sino que también se necesita la elevación de carácter. La vida del conde de Gasparin es una de las más puras, leales y desinteresadas de nuestro tiempo. Desprovisto de ambición, nombrado á desempeñar altas funciones que nunca

antiguos amigos cuya frecuentación era uno de los goces de su vida.

Su preocupación dominante era la agronomía, cuyas bases había fijado en su obra principal, *el Curso de agricultura*. Rodeado de colaboradores á quienes inspiraba un verdadero sentimiento de confianza y de cariño, dando un impulso decisivo al progreso agrícola, no se consideraba nunca más feliz que cuando presidía la Sociedad central de agricultura, ó el Congreso agrícola, ó la Sección de agricultura de la exposición universal de 1855, ó cuando dirigía al lucido grupo de jóvenes profesores colocado un momento á la cabeza del Instituto de Versalles.

En medio de estas ocupaciones predilectas le sorprendió en 1856 un primer ataque de apoplejía. Salía del Instituto cuando cayó sin movimiento. ¡Grande fué la explosión del dolor entre los amigos de la agricultura! Las puertas de su casa estaban sitiadas, y de todas partes llegaban cartas personales y colectivas. Los jóvenes en particular, como siempre los había querido, fomentado y sostenido tanto, manifestaron una de esas simpatías excepcionales que es dulce encontrar á veces en una época como la nuestra.

Y estas simpatías, sin enfriarse después, han sufrido una terrible prueba: Dios ha querido que entre la actividad del conde de Gasparin y su muerte mediaran seis años de inacción absoluta. Parecía que el olvido debía hacer su obra, y sin embargo no fué así, y á la hora en que corrió la noticia de su muerte, la emoción fué tan profunda como en 1856.

había buscado, abandonándolas sin pesar de ninguna clase, ha dado el raro ejemplo de un hombre considerable invariablemente fiel á los principios de la más perfecta rectitud. Sencillo, extraño á todos los géneros de afectación y de pedantismo, no humillaba a nadie con su superioridad.

Esta sencillez de corazón se manifestó sobre todo en los seis últimos años de su vida. La enfermedad, que en nada había atacado su hermosa inteligencia, le había quitado casi enteramente los medios de hacer uso de ella. Era preciso renunciar á todo, y lleno de vida interrumpir á la vez las relaciones y las tareas. M. de Gasparin se inclinó humildemente bajo la mano de Dios, sin dar ninguna señal de impaciencia. No viviendo ya sino en el seno de su familia que le rodeaba de cuidados y atenciones, daba pasto á su alma con la lectura de las Sagradas Escrituras, y se ocupaba más y más en los asuntos religiosos que á menudo había tenido ocasión de tratar como presidente de obras de beneficencia.

C.

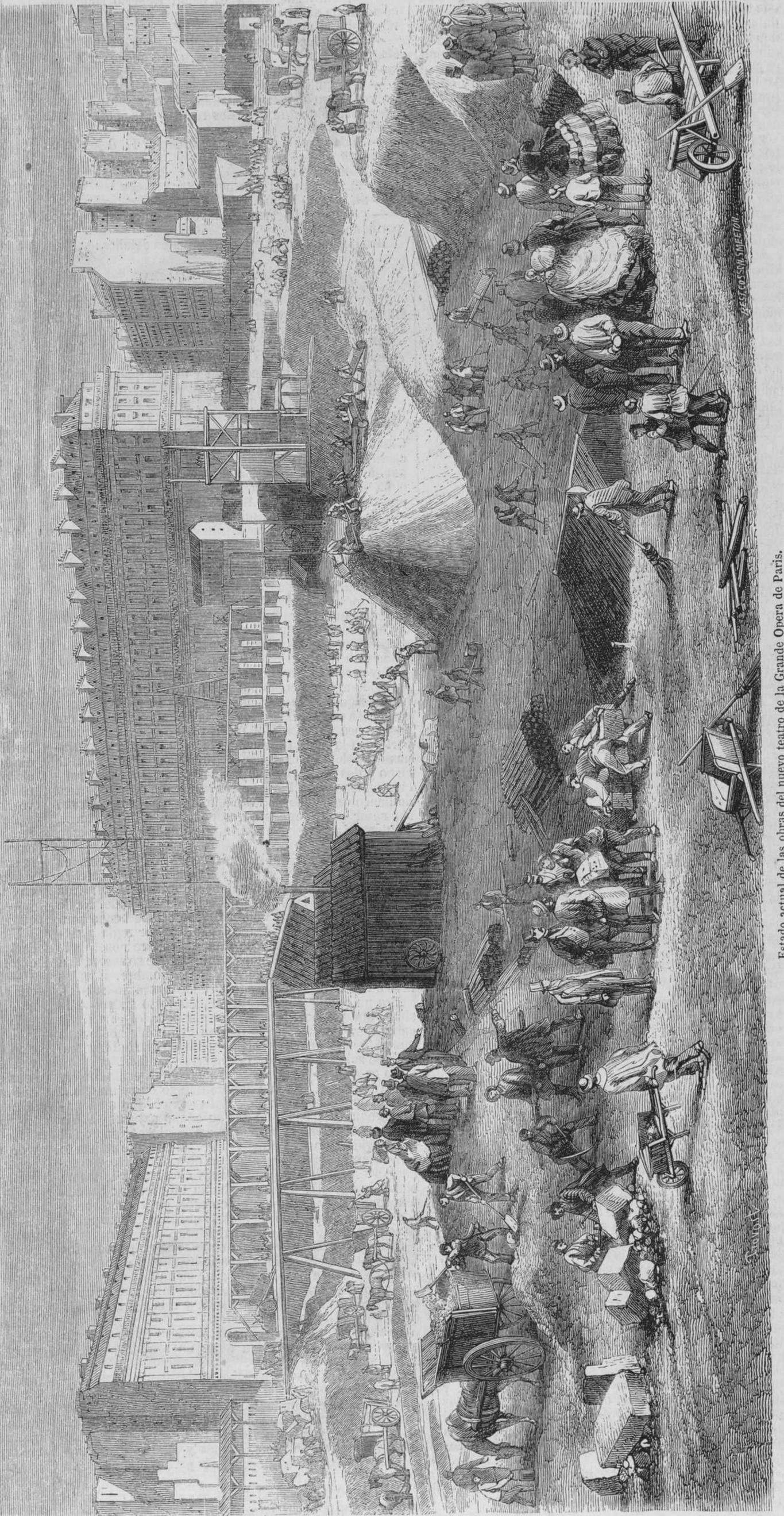
Una escena

DE ZEMIRA Y AZOR.



TEATRO DE LA OPERA COMICA. — Una escena de *Zemira y Azor*. — Copia de una estampa del siglo XVIII.

Se está representando actualmente en el teatro de la Opera Cómica de París una de las más bonitas producciones del maestro francés Gretry, titulada *Zemira y Azor*. El libreto es del célebre Uccarmontel, y la partitura abunda en piezas sencillas, graciosas, y sobre todo maravillosamente adaptadas á la escena. Los críticos



Estado actual de las obras del nuevo teatro de la Grande Opera de Paris.

elogian mucho que el director del teatro, M. Perrin, haya tenido lá idea de representar la ópera tal como se escribió sin variaciones de ningún género, exornandola con todo el aparato que su argumento requiere; espléndidos trajes, decoraciones soberbias, y además un tejón de circunstancias que ofrece un cuadro alegórico a la gloria del compositor. La escena que presentamos aquí es la reproducción de una estampa de la época en que se ve figurada la *mise en scene* de la obra de Gretry en su primera representación que tuvo lugar el 14 de setiembre de 1771 en el palacio de Fontainebleau. Los que asisten hoy a las funciones de *Zamira y Azor*, pueden ver por esta lamina los esfuerzos que han sido hechos por el director de la Ópera Cómica, para reproducir en lo posible el aparato escénico con que se estrenó en el siglo XVIII. P. P.

Cuentos de Carlos Dickens.

WHITTINGTON Y SU GATO

(Continuación.)

Pasaron algunos años, y el polvo de oro que se habría ido como al través de una criba si Ricardo hubiese estado ocioso, se convirtió en oro acuñado que dobló de valor con el trabajo de Ricardo.

Un día M. Fitzwaren le llamó con Alice y les dijo:

— Hijos míos, basta ya de ser hermano y hermana: yo me hago viejo, y quiero veros casados antes de morir.

Y los casó.

Aquel día fué el más bello de la vida de Ricardo, pues el ambicioso se había dicho la primera vez que vió a Alice, que si un día llegaba a ser rico la pediría por esposa.

Todos sus votos estaban colmados.

Alice abrazó a su padre como una joven que obedece con placer. Las bodas fueron brillantes. El gato, que se había hecho ya un poco viejo, tuvo en ellas un puesto de honor.

Aquel año, no se ha olvidado la fecha, era en 1360, Ricardo Whittington fué nombrado también sheriff de Londres, y en el siguiente fué alcalde, como se lo habían prometido las campanas. Nada más alegre que el repique de estas campanas el día de la instalación en Guildhall, día en que el gato tuvo también su parte de triunfo en la hermosa carroza de la municipalidad.

Al cabo de dos años el pobre gato murió, y fué preciosamente disecado.

En su calidad de primer magistrado de la capital, Ricardo Whittington dió un gran banquete al rey Enrique V, que volvía victorioso a su reino.

Ricardo Whittington, como hombre que sabe hacer un buen uso del dinero, había prestado al rey una suma considerable para sus guerras, y cuando el monarca quiso devolvérsela, en su presencia arrojó al fuego los billetes.

Los banqueros de nuestro siglo no obran de esta manera, pero no por eso son menos generosos, porque hoy no ya solo un rey, sino dos, tres, cuatro, todos los reyes necesitan dinero, y preciso es favorecerles unos detrás de otros.

Sea como quiera, lo cierto es que Ricardo Whittington y su esposa vivieron muy dichosos, dejando una posteridad rica como ellos, y que perpetúa su gratitud al gato llevándole figurado en sus blasones.

FIN DE WHITTINGTON Y SU GATO.

LA FORTUNA DEL ENANO.

EPISODIO DE LA HISTORIA DE UNA CASA DESALQUILADA

En una de sus malas épocas la casa desalquilada había estado ocupada temporalmente por el empresario de uno de esos espectáculos que reúnen toda clase de curiosidades vivas, por un *showman*, como llaman en Inglaterra a esos exhibidores de fenómenos. Con ese título figuraba en los registros de la parroquia, y tratabase únicamente de hallar su persona, lo que no era fácil, pues había llevado una existencia errante. Los habitantes del barrio le habían perdido de vista, y aquellos que pasaban por respetables no tenían empeño en confesar que le hubiesen conocido nunca. Finalmente, en medio de las playas que se extienden cerca del nivel del Tamesis, entre Deptford y las huertas contiguas, se vino a descubrir un sugeto de cabeza cana y de rostro curtido por la intemperie, que fumaba su pipa a la puerta de una casa de madera movable. Esta casa se hallaba instalada allí para el invierno, a la orilla de una charca fangosa, y todos los objetos próximos, el río, los pantanos y las huertas, exhalaban sus vaporosas emanaciones como si acompañaran a fumar al hombre cano. En medio de esta compañía la casa movable despedía humo también por el cañón de su chimenea.

Cuando le preguntaron si no había habitado en otro tiempo la casa desalquilada, el hombre cano respondió con sorpresa:

— Sí.

— ¿No se llamaba Magsman?

— Sí, Toby Magsman, es decir, Roberto Magsman, como decía su fe de bautismo; pero desde su infancia respondía al nombre de Toby.

— Pienso, añadió, que no hay nada contra Toby Magsman, y si hay alguna cosa, ¿qué puede ser? Veámos.

— Tranquilizaos, le respondieron, no hay nada contra vos; pero se están tomando informes sobre la casa; ¿tendría algo que decirnos relativo a la época en que la dejasteis?

— Nada; ¿qué he de tener que decir? La dejé con un enano.

— ¡Con un enano!

M. Magsman repitió firmemente:

— Sí, con un enano.

— ¿Podría hacernos el favor de entrar en algunos pormenores?

M. Magsman entró en los siguientes detalles:

LA RELACION DE M. MAGSMAN.

Hace ya mucho tiempo... antes de que hubiesen prohibido las loterías y otras muchas cosas, buscaba yo un buen sitio, y al ver aquella casa me dije para mí:

— Te tomaré, si es posible; si por dinero te puedo conseguir, serás mía.

Los vecinos se incomodaron y dieron queja; ¿qué es lo que deseaban?

Yo les dejé gruñir y quejarse; la casa estaba magníficamente adornada con mis muestras y rótulos.

Primeramente había el gran lienzo que representa al Gigante con su calzon y golilla, el gigante cuya estatura casi igualaba la altura de la casa, y que gracias a una garrucha puesta en el techo asomaba su cabeza por encima del primer piso; había después el lienzo que representaba a la señora Albinos, que mostraba su blanca cabellera a los señores militares con uniforme del ejército de tierra y de la marina; luego estaba el lienzo que representaba el retrato del salvaje indio desollando al prisionero de una tribu enemiga; y luego estaba el lienzo que representaba el retrato del hijo de un colono inglés cogido por dos boas, aunque jamás hubiésemos tenido niños ni boas. Asimismo se encontraba también el lienzo que representaba el retrato del pollino cerril de los prados, aunque jamás hubiésemos tenido pollinos cerriles, ni querido tenerlos, ni regalados. Finalmente, había el lienzo que representaba el retrato del Enano, y muy parecido, con Jorge IV, que se mostraba tan sorprendido al verle como podía mostrarse S. M. en la urbanidad que le era característica. En suma, la fachada de la casa se hallaba tan cubierta de lienzos, que no era posible penetrarse en ella ni un rayo de luz por aquella parte. En la puerta principal y a lo largo de las ventanas del salón, se extendía un rótulo de quince pies de largo y dos de ancho que anunciaba LA DIVERTIDA FUNCION DE MAGSMAN. Para entrar se pasaba por un pórtico de lienzo verde adornado de follaje; un organillo tocaba sin cesar y se pagaban tres peniques a la puerta...., ¿Quién se atrevería a decir que mis funciones eran malas?

Tres peniques... había que pagar tres peniques, es mucha verdad; pero el enano solo los valía, y de él se trata ¿no es cierto? Su nombre escrito era el MAYOR TPSCHOFFSKI, de la brigada imperial de Belgrado. Nadie podía pronunciar este nombre, y no estaba hecho para que nadie le pronunciara. El público, por regla general, le daba el nombre de Chopski. Entre nosotros le llamábamos el enano Chops, tanto porque se acercaba a Chopski, como porque su verdadero nombre, si jamás tuvo un verdadero nombre (cosa dudosa) era Steakes (1).

Era un enano sumamente pequeño, eso sí, pequeñísimo, aunque no tanto como anunciaba el cartel. Su cabeza era enorme, y lo que en ella había nadie más que él lo supo jamás, y esto suponiendo que hubiese tratado de saberlo, lo que no le habría sido fácil.

No es hablar por hablar, era el hombrecillo mejor, mas vivo y mas ardiente que ha habido en el mundo... y nada orgulloso. Cuando viajaba con el Niño manchado, aunque se picaba de ser un enano natural y sabía que las manchas del niño eran artificiales, tenía con él las consideraciones de una madre. Al Gigante nunca le dirigió una palabra mas alta que otra. Es cierto que solía expresarse de un modo ofensivo acerca de la Dama obesa de Norfolk, pero aquí había un secreto: cuando una mujer ha jugado con el corazón de un hombre, y además le ha preferido un indio, aquel hombre no puede ser dueño de sí, como otro cualquiera.

Siempre estaba enamorado necesariamente; todos los fenómenos naturales de la especie humana padecen este achaque, y sus amores se dirigen siempre a una mujer alta y robusta; nunca he conocido enano que se haya enamorado de una mujer pequeña, y esta circunstancia contribuye a hacerles originales.

Una idea singular sustentaba siempre en su enorme cabeza, una idea que debía tener un sentido y que no le habría ocurrido sin eso.

Esta idea era que se hallaba predestinado a una fortuna.

Por nada en el mundo habría firmado un papel. Había aprendido a escribir, y su maestro había sido el joven sin brazo que ganaba su vida con su pié (buen maestro de escritores y que sacó muchos y buenos discípulos entre nosotros); pero Chops habría preferido morir se de

(1) *Chops y Eteaks* son casi sinónimos y significan costillas de carnero y tajadas de buey.

hambre antes que consentir en ganar un pedazo de pan poniendo su nombre en un papel.

Esto es tanto mas curioso de notar, cuanto que el enano no tenía ni fortuna ni esperanzas de fortuna, si se exceptúa su casa y su platillo.

Cuando digo «su casa» aludo a la caja pintada que figuraba una casa de seis cuartos en la cual se deslizaba ordinariamente con un brillante en el dedo (ó lo que se parecía a un brillante) para agitar una campanilla, por lo que el público creía ser la ventana de la sala; y cuando digo «un platillo», me refiero al plato de porcelana con el cual hacía su colecta al fin de cada exhibición.

Yole había compuesto la frase que él repetía siempre: «Señores y señoras, el hombrecillo va a dar ahora tres vueltas a la caravana antes de ocultarse detrás del telon.»

Cuando decía algo importante en la vida privada, también acababa con esta frase, y generalmente eran las últimas palabras que me dirigía a mí cuando se iba a la cama.

Tenia lo que yo considero un alma hermosa, un alma poética.

Nunca se obstinaba mas en su idea sobre la fortuna que cuando estaba tocando el organillo sentado encima de él. En cuanto había sentido un rato la vibración, se ponía a gritar:

— Toby, veo que llega mi fortuna; toca, toca; Toby, seré un hombre rico; oigo la moneda dentro de mí. Toby, y me voy hincharo y me hincharé hasta igualar al Banco de Inglaterra.

Tal es la influencia de la música sobre un alma poética; y no es decir que prefiriese otra música a la del organillo, al contrario, la detestaba.

Abrigaba una especie de encono contra el público (cosa que podeis observar en casi todos los fenómenos que viven de la curiosidad general), y lo que mas le irritaba en su estado de enano, era que él le excluía de la sociedad, y así es que repetía incesantemente:

— Toby, mi ambición es penetrar en la sociedad. La desgracia de mi posición respecto del público, es que me veo fuera de la sociedad. Esto no es nada para el bruto del indio que no esta hecho para la sociedad, ni para el Niño manchado que no esta hecho para la sociedad... pero yo estoy hecho para la sociedad.

Nadie podía saber lo que Chops hacía con su dinero; tenía un buen salario que recibía en metálico contante y sonante los sábados por la noche, sin hablar de la comida que le pagaba yo, y comía con mucho apetito, como todos los enanos. Solo el platillo era una pequeña renta para Chops, pues él le proporcionaba una bonita suma en calderilla, que llevaba toda la semana atada a una punta de su pañuelo.

Y sin embargo, jamás tenía dinero. No podía ser, como una vez se dijo, que se lo comiera la Dama obesa de Norfolk, porque es claro que cuando se detesta a un indio hasta el punto de rechinar los dientes al verle, es claro, repito, que no se va a tirar el dinero para mantener a ese indio en el lujo con la mujer de quien es favorito.

De repente se vino a descubrir el misterio en las carreras de Egham. El público no tenía muchas ganas de entrar, y Chops agitaba su campanilla por la ventana de la sala, desde donde me miraba haciendo gestos y con las rodillas dobladas, pues no podía caber de otro modo en su casita; gesticulaba pues y me decía:

— ¡Buen público tenemos, Toby! ¿Qué diablo tiene que no se apiña a la puerta?

Y en esto un hombre entre aquella muchedumbre indecisa comienza a gritar mostrando un palomo viajero que tenía en la mano:

— Si alguno tiene un billete de la lotería, le advierto que se acaba de hacer el sorteo, y que el premio mayor ha caído a los números 3, 7 y 42, — 3, 7 y 42.

Yo envié al diablo al hombre con sus números, pues la mas mínima cosa es suficiente para desviar la atención del público que a uno le cuesta tanto conquistar... y si lo dudais, haced esta prueba: cuando hayais conseguido reunir un público dispuesto a escucharos, haced entrar en la sala dos personas rezagadas, y vereis si estas dos personas no llaman sobre ellas, y en vuestro perjuicio, las miradas de todos...

Me enfadé pues con aquel hombre y con sus números, y de veras le habría enviado al diablo, cuando de repente Chops arroja por la ventana su campanilla a las narices de una vieja, se levanta, da una patada a su casita, descubriendo así el secreto de nuestro espectáculo, y cogiéndome por las piernas, me dice:

— Llévame a nuestro carro de viaje, Toby, y echadme por la cabeza un cubo de agua, ó soy un hombre muerto, pues al fin he llegado a mi fortuna.

Chops había ganado el premio gordo, doce mil quinientas libras esterlinas.

El era quien había comprado los números 3, 7 y 42, y estos números habían salido.

El primer empleo que hizo de su fortuna fué ofrecer una apuesta de quinientas libras esterlinas a que saldría vencedor del indio en un duelo en que el indio habría de combatir con su maza y él con una aguja de hacer media mojada en veneno; pero nadie aceptó la apuesta y no pasó adelante el asunto.

Después de haber estado como loco durante una semana, tanto que si le hubiera permitido sentarse dos minutos mas sobre el organillo, creo que habría reventado, pero teníamos buen cuidado de que se pudiera llegar al organillo, M. Chops se tranquilizó y se portó con nosotros con noble liberalidad.

Inmediatamente envié a buscar a un joven conocido suyo, un joven muy elegante en figura y en modales,

que se hallaba empleado en uno de esos juegos de azar que se ponen en las ferias. Este jóven habia tomado el nombre de Normandy, pero no era su verdadero nombre; habia sido bien educado por su padre, un famoso traficante en caballos, que en la turbación de una crisis comercial habia tenido la desgracia de pintar un viejo caballo gris de caballo bayo, y venderlo con una genealogía.

— Normandy, voy á entrar en la sociedad, le dijo M. Chops, ¿quereis acompañarme?

— ¿Cómo se entiende? repuso Normandy; ¿se sobreentiende que todos los gastos de este cambio corren por vuestra cuenta?

— Exactamente, respondió M. Chops, y además tendreis una retribucion de principio.

Normandy tomó á M. Chops, y despues de haberle subido á una silla para cambiar con él un apretón de manos, le dió gracias con las lagrimas en los ojos.

Para entrar en la sociedad se fueron en un carruaje de cuatro caballos á Lóndres, donde tomaron una casa en Pall-Mall y se dieron una vida espléndida.

En setiembre del año siguiente, mientras yo me hallaba en la feria de San Bartolomé, un lacayo con muchos galones me trajo una carta, que era una escuela de convite de M. Chops, en la cual me suplicaba fuese á pasar la noche en su casa en Pall-Mall.

Me arreglé un poco y fui. M. Chops estaba con sus amigos en los postres y probaban los vinos. Yo observé desde luego que los ojos de M. Chops estaban mas fijos en su enorme cabeza de lo que habria deseado por él.

Eran tres á la mesa, y reconocí perfectamente al tercero. La última vez que yo le habia visto llevaba una túnica blanca á la romana, y tocaba el clarinete lo mas desafinado que puede oirse.

Este aparentó que no me conocia, y M. Chops me presentó diciendo:

— Señores, es un amigo, un amigo de otra época. Entonces Normandy me miró con un lente y añadió:

— ¡Magsman! me alegro mucho veros. Juraría que no se alegraba.

M. Chops para estar con mas comodidad tenia su silla sobre un trono (de una forma parecida al de Jorge IV en el lienzo de su retrato), pero me pareció que bajo otros conceptos no era rey, en tanto que sus dos compañeros daban sus órdenes como emperadores.

Estaban vestidos elegantemente, y en cuanto á los vinos, despachaban toda clase de botellas.

Yo pasé de un vino á otro (para decir que hacia lo mismo que ellos) y luego los fui mezclando. En suma, la noche fué agradable, y así me lo pareció, aunque mi cabeza no estaba muy sólida; sin embargo, creí de buen tacto abandonar el campo el primero, y levantándome dije á M. Chops:

— M. Chops, los mejores amigos tarde ó temprano tienen que separarse. Os doy gracias por la variedad de vinos extranjeros que nos habeis dado á conocer: brindo á vuestra salud con esta última copa de vino tinto y me despido.

M. Chops respondió:

— Hacedme el favor de colocarme en vuestro brazo derecho, Magsman, y de llevarme hasta el pié de la escalera para que os vea marchar.

Quise negarme á semejante cosa, pero él insistió y debí sacarle de su trono. Cuando estubo apoyado en mi hombro noté que oia mucho al vino de Madera, y como le tenia en brazos no pude menos de pensar que llevaba un buen frasco de vino con un grueso tapon desproporcionado á la botella.

Al dejarle en la alfombra del vestibulo, se agarró al cuello de mi frac y me dijo al oido:

— No soy feliz, Magsman.

— ¿Y qué penas teneis, M. Chops? le pregunté.

— No me tratan bien, no son agradecidos; me ponen encima de la chimenea cuando me niego á mandar sacar vino de Champaña, y me encierran en el armario cuando no quiero dar mi dinero.

— Pues á la calle con ellos, M. Chops.

— Es imposible; estamos juntos en la sociedad, y ¿qué diria la sociedad?

— Pues abandonad tambien á la sociedad.

— Es imposible, no sabeis lo que decis. Cuando una vez se ha penetrado en la sociedad es imposible ya salir de ella.

— En ese caso, y si quereis excusar mi franqueza, M. Chops, le dije yo meneando la cabeza gravemente, creo sois digno de compasion por haber entrado en la sociedad.

M. Chops meneó á su vez su gruesa cabeza, se pegó cinco ó seis palmadas en la frente, y repuso:

— Sois un buen muchacho, Magsman, pero no comprendéis. Buenas noches, adios. Ahora, Magsman, el hombrecito va á dar tres vueltas á la caravana antes de ocultarse detras del telon.

Y dicho esto le vi que volvia á subir solo su escalera salvando á gatas los escalones uno por uno. No habria podido subir solo si hubiese estado en ayunas, pero exaltado por el vino, no quiso que nadie le ayudara.

Poco tiempo despues de aquella noche, lei en el diario que M. Chops habia sido presentado en la córte.

El periódico decia:

« Nuestros lectores recordarán (he observado que los periódicos no dejan nunca de imprimir *nuestros lectores recordarán*, que se acuerde ó no se acuerde el lector), que M. Chops es el mismo individuo de corta estatura de quien se habló tanto en la última loteria. »

— Así es la vida, dije yo para mí; ha podido lograr su propósito; ha sorprendido á Jorge IV.

Aquella presentacion me dió la idea de repintar ese

lienzo en que podeis verle aun con un talego de dinero en la mano ofreciéndosele á Jorge IV, y al lado una señora adornada con plumas de avestruz que se enamora de él, engalanado con su traje de córte, su espada, su calzon con hebilla y su peluca de martillo.

Tambien por aquel tiempo tomé yo la casa que motiva esta averiguacion (aunque no tenga todavia el honor de saber quien me interroga) y en ella instalé mi *Teatro divertido de Magsman*, teatro que ofrecia al público diferentes fenómenos, siempre con los lienzos pintados á la puerta.

Una noche que acabábamos de terminar nuestra última escena y habiamos despedido á los espectadores algo contra su voluntad, porque estaba cayendo un chaparrón de a folio, me puse yo á fumar mi pipa en una piecicilla trasera de la casa en compañía del jóven que dibujaba con los piés, y á quien habia ajustado por unas semanas, aunque á decir verdad no dibujaba mas que en los carteles.

De repente oigo que llaman con los piés á la puerta de la calle.

— ¿Qué es eso? pregunté al jóven que se frotó la cara con los piés y me respondió:

— No puedo imaginar lo que es, M. Magsman; pero este jóven nunca podia imaginar nada, de modo que su compañía era lo mas monótono que se puede ver.

El ruido continuaba, y yo dejando mi pipa tomé una luz y fui á abrir la puerta. Estaba mirando á la calle sin poder distinguir nada, cuando de repente me volví con presteza, porque senti una criatura que se deslizaba por entre mis piernas: era M. Chops.

— Magsman, me dijo, ¿quereis volverme á tomar á las antiguas condiciones? Soy vuestro. ¿Es cosa hecha? Decid que es cosa hecha.

Yo estaba atónito, pero respondí:

— Es cosa hecha.

— Bien, muy bien, exclamó; es cosa hecha. ¿Teneis algo para cenar en casa?

Acordandome de la extraordinaria variedad de los vinos extranjeros que habiamos bebido juntos en Pall-Mall, estaba yo avergonzado de tenerle que ofrecer salchichas frias y aguardiente con agua; pero él aceptó el refrigerio muy gustoso; una silla le servia de mesa y un banquillo de silla, lo mismo que en otros tiempos.

Despues que dejó bien limpio todo el plato de selchichas (y habia cinco cuarterones si no me engaño), la sabiduria que estaba dentro de aquel hombrecillo comenzó á salir como por traspiracion.

— Magsman, me dijo, miradme. Teneis en vuestra presencia á un hombre que ha entrado en la sociedad y que está fuera de ella.

— ¡Oh! ¿Cómo es eso, M. Chops? ¿Y cómo es que habeis salido de la sociedad, M. Chops?

— VENDIDO, me contestó.

No podeis figuraros la expresion de su semblante cuando pronunció esa palabra.

— Amigo mio, continuó, os tengo que comunicar un descubrimiento que he hecho y que vale alguna cosa. A mí me ha costado doce mil quinientas libras esterlinas, y á vos os puede ser útil. El secreto de la cosa es que cuando una persona cree entrar en la sociedad, es mas bien la sociedad quien entra en la persona.

Sin comprender exactamente el sentido de estas palabras, meneé la cabeza y repuse:

— Teneis mucha razon, M. Chops.

— Magsman, continuó tirandome de la pierna, la sociedad ha entrado en mí absorbiendo completamente toda mi fortuna.

Me puse palido, y aunque por naturaleza siempre me hallo dispuesto á hablar, apenas pude hacer otra cosa que formular esta pregunta:

— ¿Dónde está Normandy?

— Ha volado con la vajilla de plata.

— ¿Y el otro?

— Ha volado tambien con las joyas.

Me senté para mirar á M. Chops, y M. Chops se levantó para mirarme.

— Magsman, exclamó (y me pareció que hablaba con mas sabiduria que antes y tambien con una voz mas ronca), Magsman, la sociedad en su conjunto se compone de enanos. En la córte de San James ejercen todos mi antiguo oficio, dan tres veces la vuelta á la caravana; por todas partes tocan sus campanillitas desde las ventanas de supuestas casas; por todas partes el platillo da la vuelta á la sala... Magsman, el platillo es la institucion universal.

Como adivinareis, entonces comprendí que M. Chops estaba agriado por sus desgracias, y lo senti por él.

— En cuanto á las señoras obesas, prosiguió pegando con su cabezota en la pared, las hay á miles en la sociedad, y peores que el original que he conocido en vuestra casa. Esta no habia cometido mas que un ultraje contra el gusto (simplemente un ultraje contra el gusto), un ultraje que no merecia mas que el desprecio, y sufría su justo castigo bajo la forma de un indio (aquí M. Chops dió otra espantosa cabezada en la pared); pero las de la sociedad cometen ultrajes mercenarios. Proporcionaos pañuelos de cachemira, comprad brazaletes, espareidlos con ricos abanicos y otras buenas cosas en vuestra habitacion, que sepan que regalareis todo eso á las que acudan á admiraros... y al punto las damas obesas corran de todas partes para rodearos, sin indagar siquiera quien podais ser. Mujeres obesas que no han nacido para mostrarse á los ociosos de las ferias, llegaran para hacer agujeros en vuestro corazon, Magsman, lo mismo que con una barrena, y cuando ya no tengais nada que darlas, se os reiran en los hocicos y os dejarán despojar hasta los huesos por los grajos, como al as-

no cerril de los prados cuando está muerto.... seréis burro en efecto...

Y dicho esto dió un tercer golpazo con la cabeza en la pared con tal violencia, que se cayó atontado.

Su cabeza estaba tan pesada y el golpe que se acababa de dar resonó tanto, que yo creí de veras que se habia quedado muerto; pero en breve se levantó poco á poco, se sentó en el suelo y me dijo con la mirada mas inteligente que es posible imaginar:

— Magsman, ¿sabeis cual es la diferencia material que distingue á los dos estados de existencia por los cuales ha pasado vuestro infeliz amigo?

Y antes de responderse él á esta pregunta, alzó su pobre manita, y sus lagrimas corrieron por su bigote (habia hecho todo lo que habia podido para tener bigote, pero los mortales no siempre consiguen lo que desean).

— La diferencia es esta: cuando yo estaba fuera de la sociedad, me pagaban muy poco dinero para enseñarme; y cuando estuve dentro de la sociedad, yo pagué muchísimo para que me vieran. Yo preferiria la primera de estas dos existencias, aun cuando no estuviese en la precision de volver á ella. Anunciadme mañana con la trompeta como en otro tiempo.

Al otro dia se encontraba de nuevo entre nosotros, hallandose tan bien como si jamas hubiese salido de nuestras filas. Pero tuvimos el órgano lejos de su alcance, y cuando habia gente jamas haciamos ninguna alusion á su fortuna.

Cada vez le encontrábamos mas juicioso. Sus opiniones sobre la sociedad y el público eran luminosas, extraordinarias, imponentes; su cabeza se puso tambien mas gorda cada dia á medida que su sabiduria la daba expansion.

Las cosas marcharon á las mil maravillas durante nueve semanas, y al cabo de este tiempo su cabeza era curiosísima de ver.

Una noche acababan de salir los últimos espectadores y se habian cerrado las puertas, cuando M. Chops manifestó el deseo de tener un poco de música.

— M. Chops, le dije (yo le trataba siempre con respeto; otros podian dispensarse de estos cumplidos, pero no yo); M. Chops, ¿estais bien seguro de hallaros en un estado de cuerpo y de espíritu que os permita sentaros en el órgano?

Su respuesta fué esta:

— Toby, cuando vuelva á ver á la consabida persona con el indio, los perdonaré á los dos... Está dicho.

No las tenia yo todas conmigo cuando comencé á dar vueltas á la manecilla, pero él se estuvo tan quieto como un cordero. Sin embargo, estoy persuadido de que su cabeza tomó mayor volumen aun en aquellos momentos, y por esto podeis juzgar de la expansion de sus ideas.

Cuando oyó las tocatas del organillo una detrás de otra, se dió por satisfecho y bajó.

— Toby, me dijo con suave sonrisa, el hombrecito va á dar ahora tres vueltas á la caravana antes de ocultarse detras del telon.

Á la otra mañana cuando quisimos despertarle, hallamos que habia ido á otra sociedad mejor que la mia y la de Pall-Mall.

Mandé hacer á M. Chops unas exequias decentes; yo mismo seguí el féretro como el jefe del establecimiento, y la pintura que figuraba la presentacion de M. Chops á Jorge IV precedia al cortejo á guisa de bandera. Pero despues de este suceso, la casa me pareció tan triste, que la dejé para volver á tomar mi casita ambulante.

FIN DE LA FORTUNA DEL ENANO.

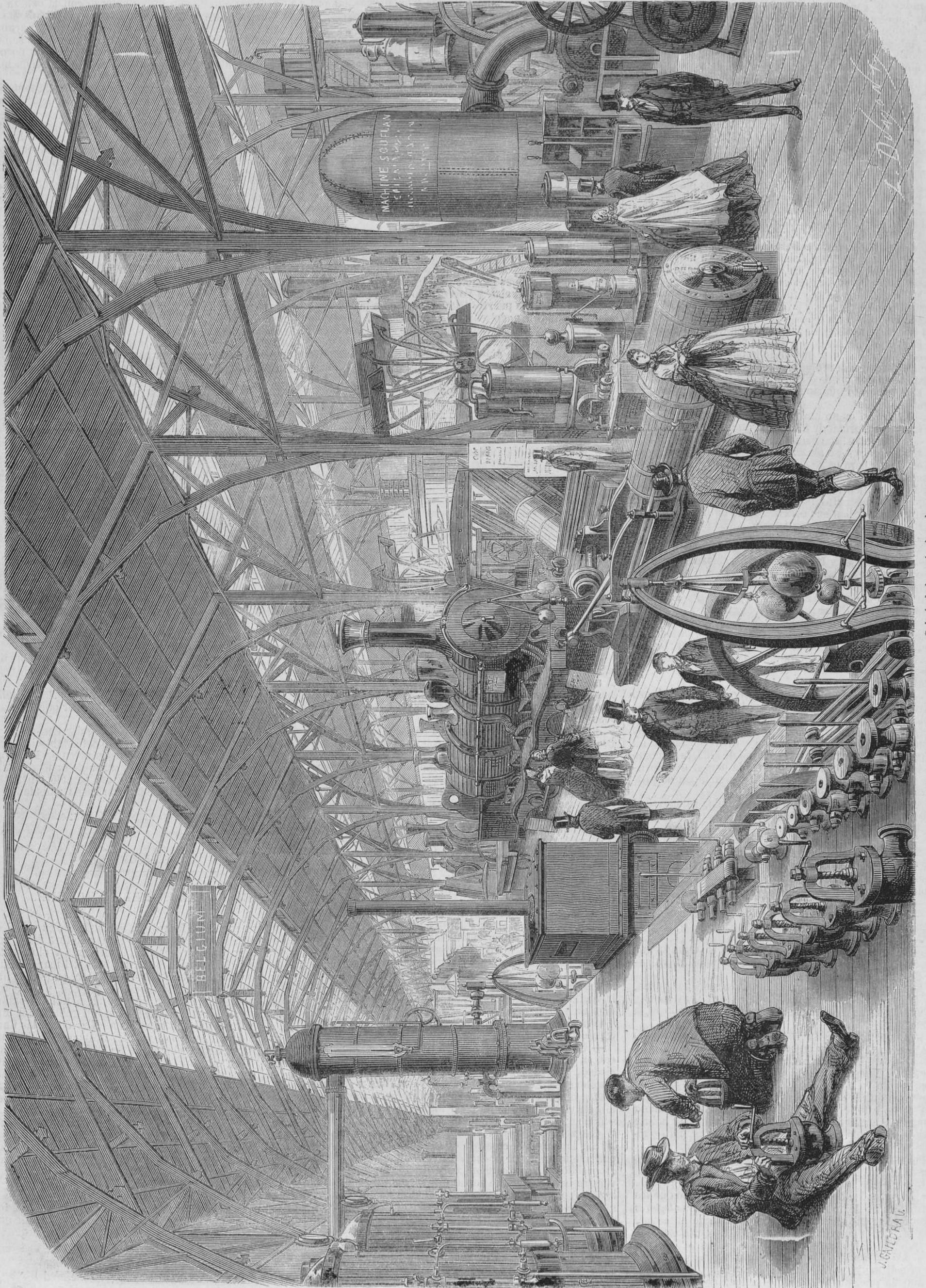
EL CORAZON DEL MERCADER.

Matias, mercader levantino, habia pasado su vida desde la infancia en hacer viajes buscando fortuna, y con este motivo habia recorrido el Occidente y el Oriente, el Norte y el Mediodia, hasta las islas del mar del Sur. Cuando por fin volvió á fijarse en Tarso, su pueblo natal, se hallaba aun en la fuerza de la edad, y habia logrado reunir una riqueza considerable. Como hombre prudente, su primera visita fué para el gobernador turco, á quien regaló una bolsa y un collar de perlas finas para granjearse su benevolencia. Despues se edificó un magnifico palacio en medio de un jardin atravesado por un rio, y en esa morada resolvió descansar lo restante de sus dias, al cabo de las fatigas de su vida errante. La mayor parte de sus conciudadanos le consideraban como el mas feliz de todos los mortales; pero aquellos que tenian acceso en su intimidad sabian que su constante compañera era una idea melancólica. Cuando habia salido de Tarso en su juventud, habia dejado allí á su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, todos en buena salud, aunque siendo pobres, y muchas veces se habia dicho:

— En cuanto haya hecho mi fortuna, enriqueceré á todos los míos.

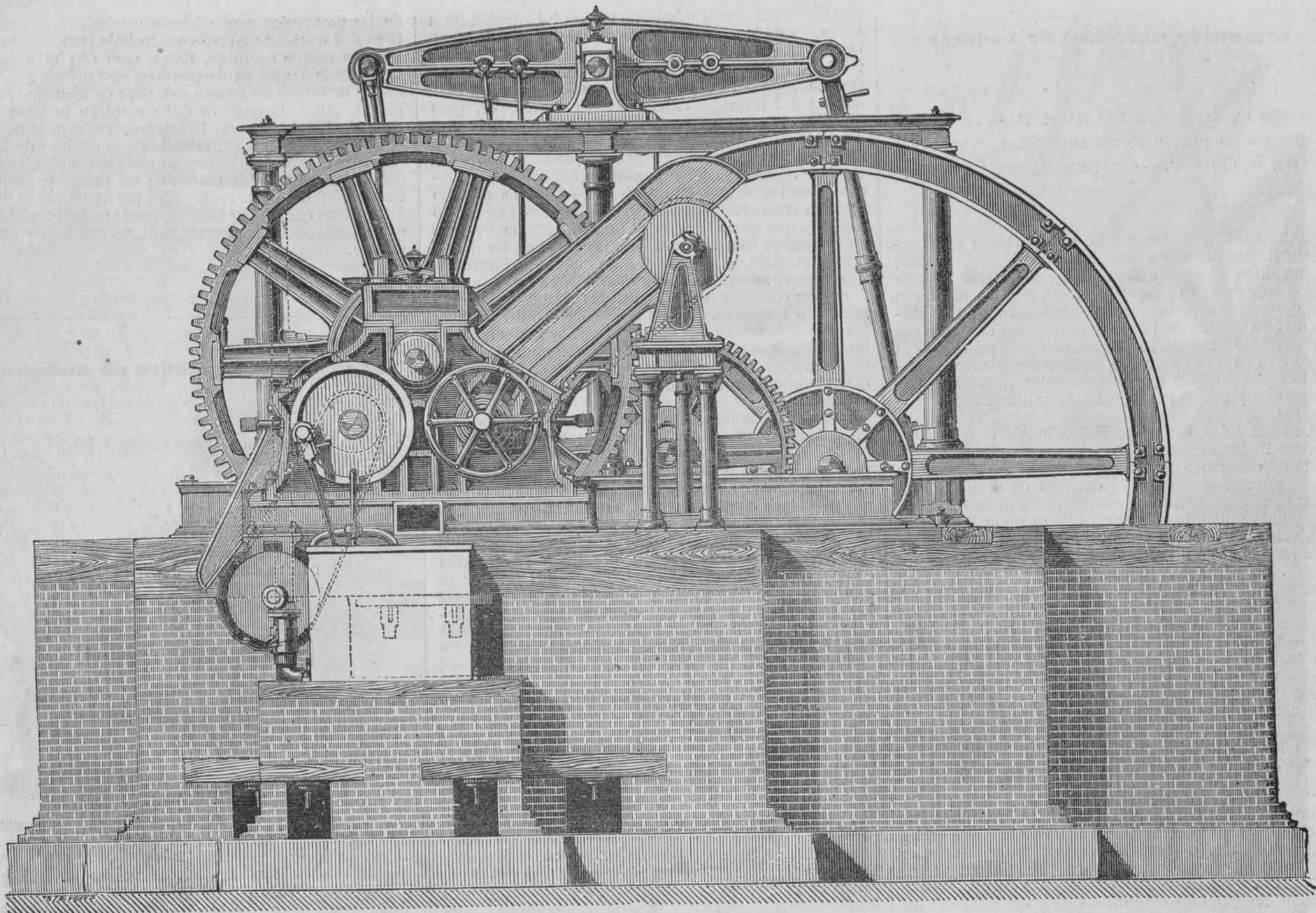
Pero ¡ay! la muerte se los habia ido llevando á todos uno por uno; Matias no encontraba ya á nadie que fuese partícipe de su prosperidad... y hé ahí porque su corazon estaba triste.

(Se concluirá.)

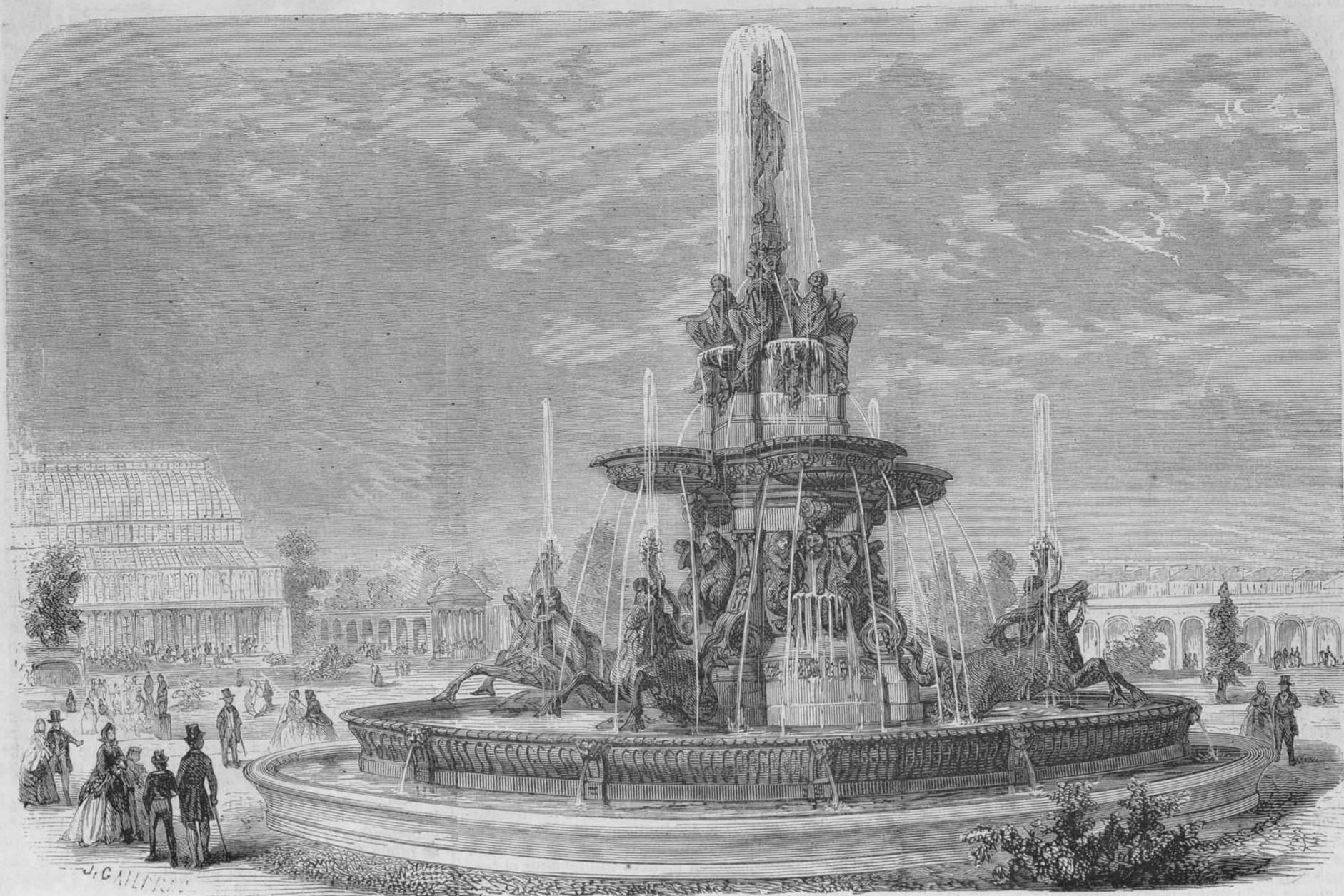


EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES. — Galería de las máquinas de vapor.

J. GALLERIE



Molino para caña de los señores Mirrlees y Tait de Glasgow.



Fuente monumental (industria francesa) compuesta y modelada por M. Klagmann y fundida por M. Durenne.

Exposicion universal de Londres.

VISTA DE LA GALERIA DE LAS MAQUINAS. — DESCRIPCION DEL MOLINO PARA CAÑA DE LOS SEÑORES MIRRLEES Y TAIT, DE GLASGOW. — FUENTE MONUMENTAL DE M. DURRENNE.

Entre los objetos con que ha contribuido la parte occidental anexada a la Exposicion internacional de 1862, la maquinaria para la extraccion del guarapo de la caña dulce merece una especial atencion. Hasta a la mirada del ojo mas entendido pero no acostumbrado a esta clase de maquinaria, la fuerza y proporcion de todas sus partes, tanto fijas como movibles, parecen a primera vista excesivas para la fuerza que pudiera desenvolverse, segun el tamaño de la maquinaria motora, pero la experiencia ha probado que esta fuerza es absolutamente necesaria.

La caña dulce, dice el periódico inglés el *Ingeniero*, del que traducimos los detalles de esta descripción, contiene de ochenta a noventa por ciento guarapo de su peso, y en el guarapo se encuentra en disolucion un veinte por ciento azúcar; pero en realidad se logra solamente la mitad de azúcar cristalino, segun el procedimiento de elaboracion acostumbrado en las Antillas, mientras el resto queda convertido en miel de purga y rom.

Para sacar de la caña la cantidad mayor posible de guarapo, muchos modos ingeniosos de presion se han insinuado y experimentado; pero ninguno ha subsistido, por considerarse mas eficaz el método de exprimir por mazas, y en esta clase de maquinaria la experiencia ha probado que un molino de tres mazas bien proporcionadas reúne todo cuanto se necesita en cuanto a sencillez, eficacia y duracion.

Como un ejemplo del mejor método practicado hasta el día por aquellos que se emplean exclusivamente en la construcción de esta clase de maquinaria, una descripción de la actualmente exhibida por los señores Mirrlees y Tait, de Glasgow, no carece de interés, siendo un espécimen del tamaño mas grande que funciona en el día, y capaz de exprimir con facilidad cuatro mil galones de guarapo por hora, equivalente puede decirse de cuarenta a cuarenta y cinco quintales azúcar.

Esta maquina es de seis columnas, alta presion de balance, teniendo un cilindro veinte y dos pulgadas de diametro con una corrida de cuatro piés seis pulgadas. La presion generalmente empleada es de setenta libras por pulgada cuadrada. El vapor está comunicado al cilindro por valvulas de distribucion de tres portes, cortando a las tres cuartas partes de la corrida, mientras se provee otro grado de expansion por medio de otra valvula de expansion *gridiron*, teniendo una mocion de eslabon la cual se puede ajustar a cualquiera extension de la corrida cuando la maquina esta funcionando. No es de mucha importancia para el trabajo de moler caña el grado mas ó menos exacto de expansion, pues las maquinas generalmente se trabajan con toda su fuerza, mientras el calor del vapor de salida se emplea económicamente en la clarificacion y evaporacion del guarapo. Por esta última razon una maquina de alta presion es preferible, como lo es tambien por su mayor sencillez.

La fuerza de la máquina se trasmite, y la mocion de las mazas esta reducida a lo necesario por un juego doble de muy fuertes ruedas de dientes de trasmision, todas sólidamente colocadas sobre un cuadro de hierro colado macizo al mismo nivel de la maquina de vapor.

El molino, como ya hemos dicho, es de tres mazas, cuyo diametro es de treinta y tres pulgadas y tiene siete piés de largo. El banco, ó sea recibidor de guarapo, es de hierro colado y pesa mas de 110 quintales. A sus extremos se hallan colocados los telares a cureñas, puesta en ellas la parte pulida de los guijos llevando así todo el peso de las tres mazas. Por lo tanto, estos han de ser de muy fuerte construcción, pues reciben toda la fuerza del trabajo, que concentrándose en aquella parte, se calcula lo mismo que potencia de palanca, reduciéndose de diez y seis a uno.

El centro de la maza mayor está colocado directamente en linea y comunica con el guijo de la rueda grande de dientes de trasmision. Esta impedido de poderse levantar por dos pesadas tapaderas de hierro colado afirmadas por abajo por cuatro pernos de hierro batido de 4 1/2 pulgadas de diametro, que extendiéndose hacia abajo pasando completamente por el metal de los telares y banco de molino, estan afirmadas por medio de pasadores y planchuelas de hierro batido hasta por debajo de la pesada madera sobre la cual esta colocado el molino. Dejando pasar estos pernos enteramente por los telares, no solamente alivian a estos de una violenta presion, sino que tambien se logra la ventaja de elasticidad de pernos largos y la de la madera del cuadro, permitiendo a la maza mayor hasta cierto grado ceder a una presion extraordinaria que resulta cuando de golpe se meten bultos de caña para pasar por el molino. Las mazas laterales son de la misma dimension que la maza mayor, teniendo ademas rebordes a sus extremos entre los cuales trabaja la maza mayor, impidiendo de este modo que la caña caiga fuera de los extremos de las mazas. Las dos mazas laterales pueden ajustarse cada

una por separado en direccion horizontal a la distancia necesaria de la maza mayor por medio de tornillos fuertes, colocados en las partes extremas de cada uno de los telares. La maza enfrente a la que recibe primeramente la caña, generalmente se ajusta a una distancia de 1/2 hasta 1 1/2 pulgadas debajo de la maza mayor, para morder y pasar por esta maza la caña que se mete desde la plancha que la recibe, siendo esta una plancha de hierro batido proporcionada al largo de las mazas y elevándose de ellas enfrente por un angulo de bastante inclinacion hasta una altura de cinco piés. La plancha esta sujeta con tornillos a los costados que son de hierro colado y que guian la caña al lugar donde ha de caer en el molino. Estan afirmados a los telares a un lado y otro, y tambien comunican con un cuadro de hierro colado, con el mecanismo motor del subidor de caña.

Este se compone de dos cadenas continuas trabajando sobre dos tambores, uno de ellos colocado arriba de la plancha que recibe la caña, y el otro a cualquier distancia segun la longitud que se requiere para el subidor de caña. Para un molino de este tamaño, como hemos dicho, generalmente la distancia es de 100 hasta 120 piés.

Estas cadenas pueden colocarse en los extremos de los tambores ó mas adentro, pero están unidas por pedazos de tablas sujetos con tornillos a cada eslabon, teniendo 5 y hasta 6 pulgadas de ancho, y generalmente corresponden al largo de las mazas, formando por fin una sola plancha movable subiendo continuamente. Esta plancha de subidor continuo se mueve por medio de un par de ruedas para cadena, una al extremo del eje de la maza recibidora, y la otra al eje del tambor de arriba en la proporcion de que la superficie del subidor se mueve a razon de una sexta y hasta una tercera parte menos que la superficie de las mazas. Mediante una ingeniosa garra de doble friccion, puede el subidor de caña inmediatamente quedar parado ó puesto en mocion. Un aparato de similar objeto se halla por el otro lado del molino para recibir el bagazo ó caña exprimida, y llevándolo fuera del molino, con el objeto de ser puesto en bagaceras, ó de otro modo.

En la fabricacion de azúcar, este bagazo es el combustible principal, a veces el único que se quema, y el estado en que sale del molino es de mucha importancia. Si la maza por la parte donde sale el bagazo aprieta demasiado en proporcion a la caña que pasa por ella, el bagazo casi queda reducido a polvo, y este, en cuanto se seca es demasiado liviano y volátil para servir de combustible; y si por el contrario, las mazas no estan bastante apretadas, el bagazo lleva mucho guarapo, causando al hacendado graves perjuicios, y si no se seca inmediatamente esta expuesto a deteriorarse por la fermentacion acida que en seguida resulta. La calidad del bagazo está tambien afectada por la velocidad con que pasa por el molino, y sobre este particular, cada uno de los hacendados tiene sus preocupaciones particulares.

Una mocion de las mazas de 18 piés de superficie por minuto hemos encontrado que tiene muy buen éxito, dando una buena calidad de bagazo, y extrayendo con las mazas, una vez que estan bien ajustadas, de sesenta y cinco hasta setenta y cinco por ciento de guarapo del peso de la caña.

Estimando el trabajo que puede efectuarse con un molino de que hemos dado la descripción, la marcha ó mocion del subidor de caña con una idea del modo que se halla cargada, dara la cantidad de caña pasando por el molino en un cierto tiempo fijado. En una maquina del tamaño ya mencionado, el subidor siempre ha de estar lleno de caña a una profundidad de 12 hasta 14 pulgadas; que con el ancho de las mazas de 7 piés, y una marcha de 15 piés por minuto, dara 6,500 piés cúbicos por hora; y esta cantidad puesta en el subidor de caña, como hemos dicho, dara 4,000 galones de guarapo mas ó menos, equivalente a 40/45 quintales de azúcar acabado de purgar. No obstante, como ya se ha dicho que el molino puede facilmente extraer esta cantidad de guarapo, en circunstancias ordinarias, con caña de regular madurez; con todo, para proveer enteramente para una presion de caña mas agosa, la bomba del guarapo llevando este del recibidor a los clarificadores de vapor u otros recibidores, esta construida con bastante capacidad para elevar a lo menos una cuarta parte mas de guarapo.

Por descuido en la regular distribucion de la caña sobre el subidor, resulta que las maquinarias para caña incurren en sus mas severas pruebas. Si en algunos piés del subidor no esta bien distribuida la caña, es decir, si el subidor marcha con poca ó ninguna, la maquina gana tiempo para correr con mucha rapidez, y si como luego sucede, entran en seguidabultos de caña, puede quedar parada súbitamente por un monton de caña fuera de proporcion enteramente al espacio a que se hallan ajustadas las mazas; por lo tanto, estamos en el preciso caso de dar mayor fuerza a las ruedas de dientes para trasmision y al cuadro del molino.

Molinos del tamaño grande que presentamos van generalmente a la isla de Cuba, adonde por causa de la mucha extension de terreno en cultivacion, y comparativamente al corto tiempo de cuatro ó cinco meses, en cuya época ha de quedar la cosecha concluida, teniendo que hacerse todo el trabajo durante este corto periodo, es preciso construir la maquinaria y molino con una fuerza extraordinaria para evitar roturas por cualquier parte, cuya descomposicion pudiera interrumpir el trabajo de la cosecha — una condicion que no titubeamos en decir llena completamente la maquinaria de que hemos hecho la descripción. En lugar de un molino grande

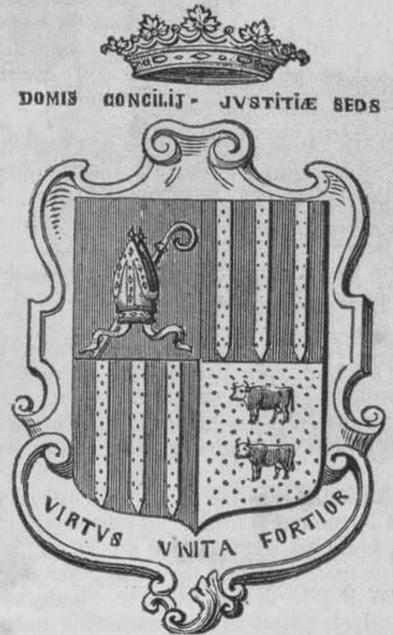
de las proporciones que hemos presentado, a veces se usan dos de menor tamaño que trabajan unidos movidos por una misma maquina. Estos, para una maquina de vapor de la fuerza ya demostrada, se proveen generalmente de mazas de treinta pulgadas de diametro y seis piés de largo. Despues de Cuba emplean molinos para caña de mucha fuerza, Demarara, Penang, Mauricio, Surinam y Puerto Rico, mientras que molinos de 26/28 pulgadas de diametro con un largo de cinco piés, pueden encontrarse en todas partes de las Indias y Antillas, Puerto Natal, y hasta en las islas Sandwich.

Tenemos que añadir todavia, que el molino grande del que hemos dado la descripción, se exhibe en movimiento.

X.

El valle y la república de Andorra.

(Conclusion. — Véase el número 495.)



Armas de la república de Andorra.

II.

RELIGION, USOS Y COSTUMBRES.

La religion católica es la única reconocida y practcada en el vallé de Andorra. Este pueblo es muy religioso y no se halla exento de ciertas supersticiones. En cuanto a los miembros de su clero, son todos andorranos, y se hallan bajo la dependencia canónica del obispo de Urgel, en cuya diócesis hacen sus estudios teológicos. Sin embargo, el prelado español suele dar licencias para que los jóvenes sigan los cursos en los seminarios de Tolosa de Francia y Carcasona.

Hemos visto que la república pagaba el diezmo al obispo de Urgel. Ahora bien, como no hay presupuesto de cultos en ese pequeño Estado, sucede que los curas no tienen mas sueldo que el que les paga el obispo de Urgel; pero este sueldo es tan módico, que si no se aumentara por las fundaciones piadosas, los curas no tendrían suficiente para vivir. En cuanto a los vicarios, cobran de los fondos del presupuesto particular y extraordinario de las aldeas. Los demas sacerdotes que sirven las capillas sufraganeas, viven del producto de las fundaciones que ellas tienen; en cuanto al clero, se puede decir que la república de Andorra se halla todavía en la edad media.

El papa provee los curatos ó beneficios durante ocho meses del año sobre la presentacion de tres candidatos designados por el obispo de Urgel; y en los cuatro meses restantes los nombramientos pertenecen exclusivamente a este último prelado. Estos diversos nombramientos dependen pues de la época de las vacantes ó defunciones de los titulares.

La accion de la corte de Roma es incesante sobre este país, no solo para llenar las vacantes de los curatos, sino tambien para las dispensas de matrimonio. Como los andorranos tienen la costumbre de formar alianzas entre sí, sucede que casi siempre tienen que pedir dispensa por causa de parentesco, que para la prohibicion esta fijado en el cuarto grado.

Aun se conserva allí el uso de los castigos canónicos. y por esto, en los días festivos, se suelen ver personas excluidas de la iglesia por orden del cura, exclusion que se funda en «haber cometido faltas graves.» Este castigo público se acepta con bastante respeto y sumision por parte de los interesados.

En un país donde casi todos son pastores y labradores, la instruccion pública tiene poco desarrollo, pues

el trabajo absorbe el tiempo necesario para los primeros estudios. Sin embargo, existe allí la instrucción en principio y de hecho, y lo que es más aun, se da gratuitamente. En cada parroquia hay una escuela primaria dirigida por un vicario, que tiene obligación de enseñar a leer y a escribir a todos los niños de la parroquia que quieren ser sus discípulos. Es cierto que estas escuelas están destinadas a los muchachos, y en cuanto a las niñas, se educan en sus casas ó en los conventos de Francia ó de España adonde van a pasar algunos años.

La instrucción secundaria se da en las tres parroquias de Andorra, de San Julian y de Ordino, en donde enseñan los primeros elementos del latín; pero este estudio se reserva únicamente a los jóvenes que se destinan al estado eclesiástico, y a aquellos que por su posición están llamados a ejercer las primeras funciones del país. En esta clase se encuentran hombres muy instruidos que conocen el derecho francés y el derecho español.

Los habitantes de Andorra tienen costumbres sencillas y puras. Viven en nuestros días como vivían sus padres hace ochocientos años. Nada entre ellos se ha cambiado. El lujo, las artes, la industria y todo cuanto produce la civilización de los grandes pueblos que les cercan, les importa poco. Por lo demás, a esta indiferencia así como a la naturaleza del terreno y a su pobreza, deben el haber permanecido extraños a las conmociones políticas y a las revoluciones que han agitado a las potencias que forman sus fronteras. Constituyen un pueblo pastor en toda la acepción de la palabra. La cantidad de ganado y las tierras, hé ahí los elementos de su mayor ó menor fortuna. Con semejantes costumbres, ese pueblo no podría ser ni ambicioso ni turbulento.

Por el estado de la familia y de la propiedad se juzgará si hay que temer ó esperar de lo venidero.

Como hemos dicho ya, cada familia reconoce un jefe que sucede por primogenitura en línea directa. Los legitimarios tienen poca cosa en los derechos de sucesión, y así es que los mismos bienes existen desde hace siglos en las principales casas sin haber sufrido la menor partición.

Los jefes de familia, ó primogénitos, eligen sus mujeres entre aquellas que tienen con poca diferencia su misma consideración. La fortuna no es el primer fin que se proponen en estos casamientos; pero en cambio atienden mucho a no contraer jamás una alianza desigual.

Siempre los cargos públicos se les conceden con esta mira, y por lo mismo también su educación es más esmerada que la de los legitimarios sus hermanos. Parece ser que estos no se quejan de semejante estado de cosas; quieren al jefe de su casa, le obedecen, le respetan y le miran como el representante natural de los derechos de sus abuelos. Toda su vida trabajan en interés del heredero de la casa.

No obstante, si los legitimarios se casan, lo que solo hacen cuando encuentran una heredera, entonces abandonan el hogar paterno para ir a fundir su nombre en el de la casa con la que se enlazan. En este caso llegan a ser a su vez, personalmente, jefes de familia, y desde entonces ya son aptos para los cargos públicos. En este único caso la mayor de las hijas es heredera, a falta de varón, y sus hermanas son legitimarias; pero a fin de que no perezca el nombre de la familia, esta heredera se casa, según el uso, con un hijo segundo, que va a instalarse en su domicilio y confunde su nombre con el suyo.

Por medio de estas disposiciones aplicadas a este modo de sucesión, sucede que las principales casas de Andorra ven que pasan los siglos sin que ellas sufran ningún cambio en su interior. Un ejemplo hará resaltar mejor el singular respeto que se tiene en ese país al jefe de la familia. En la parroquia de Masana, varias muertes prematuras en la línea directa habían trasladado la calidad de jefe de familia a un niño de tres años. Uno de sus tíos, sacerdote que ejercía su ministerio en la parroquia, gobernaba y administraba el patrimonio en su nombre, en tanto que todos sus tíos trabajaban en su interés, y le cuidaban como la única esperanza de su raza.

Aquí es oportuno observar que los pleitos de familia relativamente a la sucesión paterna son desconocidos en Andorra. Cuando las sucesiones no se rigen por el uso catalán, entonces el heredero ó la heredera, legalmente designado, tiene el tercio de los bienes liquidados, de los cuales la mayor parte están gravados por fundaciones piadosas a cargo de los herederos; y el resto se divide por partes iguales entre los sucesibles, de modo que a los legitimarios les alcanza poca cosa. Si no contraen matrimonio, es muy raro que dejen el techo paterno.

Esta estabilidad del hogar doméstico ha influido mucho en la estabilidad del gobierno y de sus instituciones. Si estas últimas debieran quebrantarse, sería seguramente por esa parte del pueblo que nada posee, y que no disfrutando ninguna de las ventajas consiguientes a las familias notables, no puede prometerse obtenerlas en un país donde son tan raros los cambios políticos y las transformaciones sociales. Pero en suma, el proletariado no es allí tan digno de lástima como en nuestros países, bajo el punto de vista material.

Los jefes de las familias ricas que tienen su fortuna en ganados, no dejan jamás sus bienes, no hacen ningún gasto de lujo, y emplean todas sus rentas ya para las faenas agrícolas, ya también para la guarda del ganado.

En este estado de cosas los aldeanos pobres que los

rodean, y cuya pobreza es también en ellos una herencia de familia imprescriptible como la fortuna en sus amos, toman parte en el trabajo con sus hijos y sus servidores, y se sientan a la misma mesa; sus ropas están tejidas, lo mismo que las del amo, con la lana de sus ganados.

En los días festivos participan de los mismos placeres.

El pueblo andorrano, acostumbrado por tradición a respetar la fortuna del rico, vive con él en entera igualdad, y considera su hacienda no ya como un objeto de envidia, sino como un taller inagotable donde él y su familia tienen asegurado trabajo y alimento, las dos únicas condiciones de existencia que parece querer ambicionar.

La condición de la mujer difiere poco de la del hombre en cuanto al bienestar social. En su interior, las mujeres consideran al marido como jefe y amo; le respetan, hacen ejecutar sus voluntades y las ejecutan ellas también sin permitirse la menor observación. Hacendosas y atentas, se imponen con gusto privaciones para aumentar su bienestar, y en realidad son las primeras entre sus sirvientas. Como esto lo hacen naturalmente, no por la fuerza, son por lo general muy dichosas; y todos las reconocen costumbres puras, así como su exterior es modesto.

Por una causa dimanada de su género de vida, y quizá también de la flaqueza de su sexo, las mujeres están excluidas de todas las reuniones en donde se trata de intereses públicos. De este modo, no pueden entrar en el palacio del Valle, ni asistir a las misas, solemnidades y fiestas que se celebran en la época de las recepciones del señor obispo de Urgel y del vegner francés.

Las costumbres son muy severas en el valle de Andorra, y si llegan a existir pruebas de relaciones secretas entre una joven y un mozo, entonces el clero, los magistrados y la opinión pública aconsejan a los parientes que formen su unión, que siempre tiene lugar, sea cual fuere la desproporción de las fortunas. El pobre encuentra de este modo algunas veces una compensación para el rigor de su condición social.

Además la vejez es muy respetada, y suelen verse allí ancianos más que centenarios. La sobriedad que es una virtud patriarcal, la ausencia de los vicios que afligen a los grandes centros de población, la calma de todas las pasiones, un clima sano, un aire puro y un alimento primitivo, aseguran a los habitantes del valle una larga vida.

Pero de todas las virtudes que distinguen al pueblo andorrano, la más notable es sin duda la de la hospitalidad.

Los extranjeros que llegan al valle de Andorra, sobre todo cerrada la noche, son recibidos en la primera casa que encuentran a su paso, y se sientan a la mesa y al hogar doméstico. El dueño de la casa da pruebas siempre de mucha discreción. Si como sucede a menudo el huésped andorrano es un refugiado político que va a buscar asilo en aquel valle neutro, pasa la noche bajo el techo hospitalario, almuerza a la otra mañana con todos los miembros de la familia, y asiste a la oración que recita el jefe de la casa en la sala principal, en medio de sus hijos y de sus sirvientes, sin que jamás le sea dirigida una pregunta indiscreta; pero si desgracias particulares, como una quiebra ú otra cosa por el estilo, obligan al extranjero a pasar algún tiempo en el país, entonces se explica con el amo, que ordinariamente le ofrece su casa como un lugar de asilo, a menos que no se opongan a ello razones de Estado. En este último caso, el silencio, la discreción y una protección inteligente hacen callar a menudo las leyes de la policía.

El andorrano es por lo regular de un carácter suave, sensible y servicial; incapaz de hacer daño, no recela en nadie la maldad, y de aquí su tolerancia con los refugiados.

A mayor abundamiento, los crímenes y los delitos son muy raros en todo el valle, y se cometen ordinariamente por gente extraña. Los asuntos correccionales procedentes de niñas son los más comunes, pero pocas veces presentan alguna gravedad. Tampoco abundan los asuntos civiles, pues las diferencias se someten casi siempre al fallo de dos ancianos, y aunque estos actos no se escriben, jamás se apela de esta clase de decisión que se considera como sagrada. Por esto el mayor número de contiendas expuestas ante el alcalde se refieren a reclamaciones de deudas contraídas por venta ó compra de cabezas de ganado.

Las costumbres de los andorranos se resienten mucho de la sencillez y de las formas primitivas de su gobierno.

Todo se ha quedado pues estancado en ese valle, porque sus habitantes llegaron en el siglo VIII al fin de toda sociedad bien organizada: el bienestar de todos por todos. Así es que nada se ha cambiado en el valle de Andorra desde el tiempo de Carlomagno.

H. C. DE A.

El ídolo de los jíbaros.

Hace algunos días anunció la prensa madrileña que

en el establecimiento del señor Severini se hallaba expuesto al público un ídolo indio, único ejemplar que ha llegado a Europa, lo cual le convertía en un objeto doblemente curioso.

Crecía de punto esta curiosidad al saber que el tal ídolo consistía en la cabeza de un jefe indio vencido por otro, reducida a las dimensiones de la miniatura por medio de un procedimiento solo de los salvajes conocido, y que no produce la menor alteración en la fisonomía del indio decapitado.

Muchas fueron las personas que acudieron a contemplar ese ídolo, objeto que sorprende y admira, y muchas las que hubieron de renunciar al deseo de poseerlo.

Habiase propuesto al gobierno su adquisición, con el objeto de que figurase en algún museo, enriqueciéndolo con un ídolo indio, único en su clase.

Podían alegarse contra el mérito indudable del indio dos razones:

Primera: si aquella cabeza de hombre, de dos pulgadas de longitud, de la que han sido extraídos todos los huesos, quedando solo la piel y con todas las facciones en el más perfecto estado de conservación, era realmente un despojo de las luchas de los jíbaros, ó una composición artificial. Mas para convencerse de que en esto no hay engaño posible, basta la simple contemplación del ídolo. Su negra, espesa y larga cabellera, sus ojos, sus orejas, todo ello dice a la vista y al tacto que aquello es realmente un despojo humano, reducido a brevísimas dimensiones por un procedimiento que debe ser muy sencillo, como invención y propiedad de los salvajes, pero maravilloso para las gentes civilizadas, y mas aun para los hombres de ciencia, por lo mismo que se ignora en qué pueda consistir.

La segunda razón es menos sostenible aun que la anterior: consiste en averiguar si el tal ídolo indio procede ó no de las comarcas salvajes de Chile; pero esta averiguación está hecha, y consta de una manera irrefragable por la certificación expedida en Quito el 5 de enero de 1861 por la legación de España en la república del Ecuador, firmada por nuestro encargado de negocios en aquel Estado, y sellada con el sello de la legación.

Nosotros hemos visto y leído ese documento, y a su actual poseedor debemos la copia que insertamos a continuación.

Dice así:

« Legación de España en el Ecuador. — República del Ecuador. — Jefatura del Canton. Macas a 2 de diciembre de 1860. — 16^o de la libertad. — Al señor secretario de la legación de España. — Honorable señor: — He recibido la comunicación de V. S., fecha 15 de agosto, en la que se sirve pedirme un informe circunstanciado sobre el ídolo de los jíbaros, que he remitido a V. S., cómo lo conseguí, de qué modo lo preparan y mas noticias relativas a lo mismo. Los datos que hasta entonces tenía no me fueron suficientes para satisfacer cumplidamente a V. S.; pero hoy lo hago con entera convicción de todo lo que sigue: La consecución fué al fin el fruto de mas de dos años de continuas diligencias. Un jíbaro de la tribu de los Yambas recibió el bautismo y se hizo mi comisionado para sacar uno de esos ídolos a cualquier costa ó sin omitir medio alguno; todo le fué inútil en el primer año, al cabo del cual apostató, volviendo al seno de la barbarie. Pero como ya estubo movido del interés, puso en juego los ardides mas hábiles, y por último convenció a un jíbaro que su dios quería viajar por países extranjeros: que estando su providencia aprisionada por él, nada podía darle; y que solo por dos días hiciera la prueba.

« El apóstata me trajo el ídolo y volvió cargado de presentes, don de su dueño, el cual en seguida había hecho una caza abundante, y toda su felicidad la atribuyó a la munificencia desencadenada de su dios. La fama de un suceso tan favorable entre los jíbaros facilitará acaso la libertad de algunos dioses mas. Despues de un triunfo de guerra, los vencedores cortan la cabeza a sus víctimas, y con una piedra pequeña encandecida al fuego que introducen en el cráneo, la disecan, reduciéndola así a la miniatura sin que pierda su forma regular; esto no lo he comprendido bien, pero es lo mas que sé sobre el modo de preparar la cabeza. Ya que la preparan tocan el tambor de guerra (tinduli) convocando a las fracciones de toda la tribu para el festin triunfal; pero esto se hace antes que expiren, nueve días despues de la matanza, porque de no huyen los manes y ya no puede ser dedicada la cabeza. El décimo día da principio el festin: cada jíbaro, si tiene, lleva su cabeza (ídolo) y la suspende como todos a lo largo de un palo clavado verticalmente al medio de la casa, la cabeza del festin domina a todas.

« Están los concurrentes vestidos con elegancia; las mujeres es cuando se disputan en el lujo, según sus costumbres salvajes: todos se colocan en asientos mas ó menos cerca de los dioses, según sus precedentes y créditos de valor. Cuando han comido y bebido opíparamente, toma el sacerdote la cabeza del muerto y la levanta en alto suspendida por un cordón: habla muy largo, elogiando prolijamente las hazañas que hizo en vida, el valor que mostró en su muerte, la fama de sus antepasados, etc., y concluye su peroración con ciertas gesticulaciones, a las que acompaña algunas palabras, con las que encomia la cabeza como digna de ser adorada. Despues de un momento de silencio lanza un grito, al que todos se ponen en pié, haciendo una algazara estrepitosa. Pasada esta ceremonia, atan la cabeza en el mismo palo que antes y cada uno ocupa su asiento

primitivo : solo el matador ha quedado delante de ella armado con una lanza, dirigiéndole inyectivas, á las que responde la cabeza con otras tantas injurias; replica el asesino, y por grados va encendiéndose el altercado. El sacerdote, que es el intérprete de los insultos que profiere la cabeza ó *chancha*, dice al fin en nombre de ella : « ¡Cobarde! cuando tenia vida no te atreviste á insultarme así, temblabas al oír mi nombre; ¡cobarde! algun hermano mio me vengará. »

» No ha podido el jibaro soportar una diatriba contra su valor; ha levantado furioso la lanza y le ha herido por última vez en la cara: toma acto continuo una faja con la que le cose los labios y le sella con un silencio eterno. Desde este momento el idolo no puede hablar mas sino solo como oráculo para responder á sus idolatras, que le consultan en sueños, despues de haber tomado estos un fuerte narcótico. Terminado esto comienza la danza. El bárbaro del triunfo suspende al aire el idolo, y á la mas predilecta de las mujeres presentes, señala para que lo siga; este es el honor mas preeminente para una jibara. Ella se ase de la cintura del primero y todos los demás siguen asimismo formando una cadena; las otras mujeres bailan aparte. Cada uno va tañendo algun instrumento de música ó cantando desordenadamente algun himno de victoria: así danzan rodeando por el interior de la casa con pequeñas intermisiones dos, tres ó mas días seguidos.

» Despues de ayunar rigidamente un año entero, hace una fiesta igual, omitidas las primeras ceremonias, el jibaro que hubiese dado la segunda lanzada á la víctima; y si fueren tres ó mas los matadores, sucesivamente hacen las fiestas por su orden. Sucede á veces que estrechados por el enemigo, no tienen tiempo de cortar la cabeza al difunto: en este caso hacen un simulacro idéntico á la *chancha* y lo adoran en nombre de ella. Cuando los frutos de la tierra no son abundantes, ó no multiplican mucho los animales domésticos, hacen las mujeres una fiesta á modo de rogativa, en la que solo ellas danzan asidas unas de otras, y quien lleva el dios en la mano es el anciano capito ó sacerdote. Si la cabeza no hace milagros es trasquilada y arrojada al bosque: hé aqui la divinidad castigada por los hombres. Esto es lo que mas interesante me ha parecido de las costumbres salvajes de los infieles de nuestra cordillera oriental, y si paso por alto muchas noticias sobre las creencias y bárbaras costumbres de estas hordas errantes, es solo por no ser demasiado largo; pero no omitiré que no de todos los que matan hacen idolos, sino solo de los mas fuertes y valientes, á quienes les arrancan el corazon, el cerebro y se los comen: que estas costumbres son comunes á las tribus de los Yambas, Mendes, Postaza, Zurumbaino, Tutumangosa, Marcal, Chiguanda, Aclurales, Quambinima, Guambisa, Chiguasa, Huamboya y otras, así como á los habitantes de los países mas bajos y los riberanos del Morona, con la particularidad que estos últimos son verdaderos antropófagos, porque comen por alimento el cuerpo humano.

» Concluiré este informe ofreciendo á V. S. como siempre las consideraciones de respeto con que me suscribo de V. S. su muy atento y seguro servidor. (Firmado.) — José Félix Barreiro. — Autorizacion. — Secretaria general del gobierno provisorio. — Quito á 2 de enero de 1861. — La firma y rúbrica que anteceden, son del actual jefe político de Macas. — Roberto de Ascasubi. — Legacion de España en el Ecuador. — La firma y rúbrica que preceden, son auténticas, y las que usa el señor secretario general del gobierno del Ecuador. — Quito 5 de enero de 1861. — El encargado de negocios interino de S. M. C. (Firmado.) — Carlos de Sanquirico y Ayesa. — (Lugar del sello.) — Es copia conforme al original. — El encargado de negocios de S. M. C. — Carlos de Sanquirico y Ayesa. — Hay un sello que dice: Legacion de España en el Ecuador. »

Habran observado nuestros lectores que este documento, aun redactado en castellano, está escrito en un estilo casi salvaje, gramaticalmente considerado.

Nosotros hemos respetado todas sus faltas, para no quitarle ese colorido que le da cierta semejanza con el idolo á que se refiere.

Prescindiendo de esto, que no es tan grave para quien tenga costumbre de leer la *Gaceta de Madrid*, no puede negarse que la anterior certificacion es tan curiosa co-



Fresco pintado por el señor Giacomelli en la capilla de Brevannes.

mo interesante, especialmente para las personas que hayan visto y examinado la cabeza en cuestion.

La prensa independiente ha acusado con mucha frecuencia y visos de razon al gobierno actual de gastador

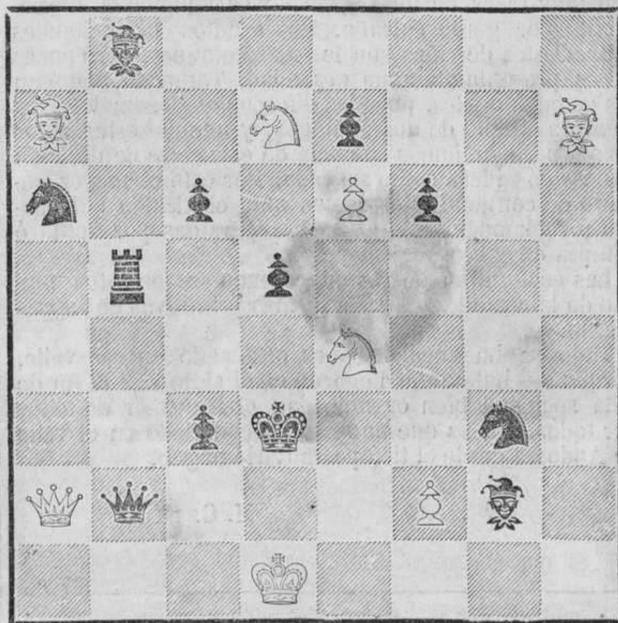
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 29.

- | | | |
|---|---------------|----------|
| 1 | A 5ª CR | P come A |
| 2 | R 2ª Ra | R 1 paso |
| 3 | P come P | R come C |
| 4 | A jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 30, POR M. A. CLERC.

NEGRAS.



PLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

y aun de despilfarrado. Para sincerarse de ese cargo ansiaba, sin duda, el gobierno una ocasion en que hacer alarde de sus conatos y su sistema de economia; y en la proposicion que se le hizo para que adquiriese el idolo jibaro, encontró esa ocasion.

El gobierno se negó á pagar los tres mil reales que segun tenemos entendido, se le pedian por esa curiosidad, que tan perfectamente habria figurado en un museo, llamando la atencion de propios y extraños.

El idolo pues iba á surcar nuevamente los mares; su dueño iba á llamar á las puertas de otro gobierno de Europa, que mas amigo de las ciencias, le habria adquirido, sometiéndole al examen de una comision de peritos, para que tratase de averiguar, si posible era, el procedimiento con que se habia obtenido la disminucion y conservacion de la cabeza, y que en último caso, tal vez hubiera procurado obtener ese secreto de los mismos indios. Felizmente tropezó con una persona mas amante de la ciencia que el gobierno español, y esa persona no vaciló en desprenderse de la cantidad indicada, á trueque del idolo de los jibaros.

El señor don Juan Cabrera, marqués de Villaseca, que es la persona á quien aludimos, ha adquirido pues el único ejemplar que en Europa existe de tan curioso objeto; á su amabilidad debemos la copia de la certificacion que dejamos trascrita, y por ello le damos las gracias; pero no es de esperar que su amor á la ciencia le lleve á mas.

(CONTEMPORANEO.)

Pinturas al fresco

DE LA CAPILLA DE BREVANNES

POR EL SEÑOR GIACOMELLI.

En tanto que muchos artistas franceses continúan adornando las capillas de las iglesias con pinturas ejecutadas principalmente á la cera ó al oleo, apelando á diferentes procedimientos para quitarlas el lustre, hé aqui un pintor italiano que encargado de decorar una modesta capilla de una aldea de las cercanias de Paris, permanece fiel á las grandes tradiciones del arte italiano, y emplea los robustos procedimientos de la pintura al fresco. El señor Giacomelli, conocido ya por obras importantes, autor de varias grandes páginas consagradas á los sucesos militares de los últimos quince años, que adornan el palacio del rey Victor Manuel en Turin, y habiendo ejecutado en diversas localidades pinturas al fresco, entre otras la decoracion de la iglesia del convento de los capuchinos de Cimier, cerca de Niza, dejaba hace algunos meses apenas la ciudad de Turin para instalarse en el palacio de Brevannes, cerca de Boissy-Saint-Leger, departamento de Sena y Oise, é improvisaba allí, tanta fué la celeridad de su hermoso trabajo, la decoracion de la capilla representando varias escenas de la vida de Santa Magdalena. La composicion mas importante es la apoteosis de la santa colocada encima del altar. Las figuras de los cuatro evangelistas completan este conjunto decorativo. San Mateo está representado dando limosna y rodeado de muchos pobres; San Marcos excitando con su predicacion á los idolatras á romper sus idolos; San Juan con una vision apocaliptica, y San Lucas pintando y viendo aparecer á la Santa Virgen. Las figuras principales en esta composicion del artista italiano son un poco mayores que la mitad del natural.

Mientras tantas pinturas monumentales se alteran y desaparecen en las iglesias y los edificios públicos de Paris, hé aqui una capillita campestre que probablemente conservara casi intactas durante largo tiempo las pinturas decorativas con que acaba de embellecerla el señor Giacomelli, pues puede decirse que están ejecutadas con cal y arena, materiales que se emplean para formar el unto sobre el cual, al estado fresco, se aplica la pintura. El artista ha encontrado estos materiales de excelente calidad, pues abundan mucho en Francia; pero por falta de habito ó por impaciencia de un procedimiento complicado y fastidioso, los artistas franceses prefieren otros sistemas de un manejo facil y que se prestan á todos los tanteos, á todos los retoques, y muy pocos de ellos emplean hoy la pintura al fresco, aunque este modo de pintura ofrece a las obras las probabilidades de duracion mas seguras.

A. J. D.